

SECCION DOCTRINAL.

LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO

segun las escuelas racionalistas. (1)

CAPÍTULO VI.

DOCTRINA DE SAN PABLO ACERCA DE JESÚS.

§ 1.º

Vamos á la primera trasformacion de la idea formada por la Iglesia acerca de la persona de Jesucristo, segun afirma M. Reville con los racionalistas, esto es, á la concepcion formada por San Pablo de la persona del Salvador. Como hemos visto, en los sinópticos, en las Actas y en las cartas de San Pedro y Santiago, está muy léjos de ser considerado Jesús como mero hombre, aunque el más perfecto y excelente de todos, ni áun como el Mesías únicamente, tal cual le comprendia vulgarmente el pueblo hebreo, ménos en lo relativo á su poder, reinado y gloria acá en la tierra, pues en esto están todos conformes en que los sinópticos corrigen esta desviacion de la primitiva idea mesiánica, bien que los racionalistas, contra toda la evidencia que nace de los textos, se empeñan en que aquella idea fué siempre la misma entre los hebreos, y no tuvo un carácter espiritual. Es decir, que con los más groseros entre los hebreos confunden la forma con la idea, las

(1) Véanse los números anteriores.

magníficas descripciones que hacen los Profetas del reino del Mesías con colores tomados de todo lo más grande y espléndido que se ofrecía á su imaginacion, con la índole espiritual del reino mesiánico, ó sea la Iglesia. Si se trata de este Mesías tal y como verdaderamente le quieren representar los Profetas, convenimos en que los sinópticos y San Pedro y Santiago no dicen más de Jesucristo; pero es que este Mesías real y verdadero es presentado en el Antiguo Testamento como Dios, segun brevemente hemos expuesto, y con infinidad de datos bíblicos y de la literatura rabinica demostró ya nuestro Raimundo Martin, cuyo *Pugio Fidei* se reimprime en el extranjero, y, con vergüenza lo decimos, ni en la Biblioteca Nacional hemos podido nosotros encontrarle. Sí, los sinópticos en este sentido no reconocian en Jesús otra cualidad que la de Mesías; pero es porque no habia otra más alta que atribuirle; reconocen en Él al Mediador natural entre Dios y el hombre, que sólo siendo verdaderamente hombre y Dios podia ser verdadero mediador.

Y añadimos que sólo así pueden entenderse, sin tener que acudir á interpretaciones muy racionalistas, pero tan violentas y sutiles, que no pueden ménos de repugnar al buen sentido del desapasionado lector. Sólo admitiendo la divinidad del Mesías se pueden entender sin violencia los innumerables pasajes que hemos alegado y otros muchos que podríamos alegar si no temiéramos ser molestos. Sólo así, por ejemplo, se entiende que pudiera decir Jesucristo: «*Mi casa* se llamará (esto es, será) casa de oracion» (Mat. xxi, 13); en donde llama *suyo* al templo, como lo habia dicho Malaquías en la profecía que hemos citado. Sólo así se entiende que pudiera decir: «No todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos» (Mat. xxiv, 35) y en San Lucas (vi, 46): «¿Qué me llamas Señor, Señor, y no haceis lo que digo?» En donde se ve que le daban y Él admitía el título de Señor, no como título de cortesía, sino como del que lo es, y por eso tiene derecho á prescribir su voluntad; á la manera que en Malaquías (i, 6) dice Dios: «Si yo soy el Señor, ¿en dónde está el temor que se me tiene?» Así se entiende como la frase de Jesucristo referida en San Lucas (xi, 49): «Por eso dijo la *Sabiduria de Dios*:

os enviaré Profetas, y Apóstoles, y de ellos matarán y perseguirán... ;» la trae San Mateo en esta otra forma (xxiii, 34): «Hé ahí que *yo* os envío Profetas, etc. ;» en donde uno ú otro de los Evangelistas identifica la persona de Jesucristo con la *Sabiduría de Dios* (y véase de paso como no está tan distante San Juan de los sinópticos, al identificar á Jesús con el *Logos* divino). Así se entiende como al hacer sus milagros, no cuida Jesús de decir que no los hace por su propia virtud, sino por la del Padre, como lo hicieron San Pedro y San Juan cuando las turbas los miraban llenas de estupor por la curacion del tullido que estaba á la puerta del templo; ántes parece lo contrario, como cuando le dice el leproso: «Señor, si quereis, podeis sanarme,» y Él responde: «Lo quiero, queda sano.» Es cierto que reconoce haber recibido del Padre tan gran poder; pero es porque de Él lo ha recibido todo, como que de Él procede y de Él tiene la naturaleza divina, por lo cual es *una cosa con Él*, como se lee en San Juan (x, 30), en el mismo en que leemos la confesion de Jesucristo de haberlo recibido todo del Padre, porque no hay entre los Evangelistas inconsecuencia ni contradiccion.

Porque en los sinópticos está reconocida la divinidad del Mesías, se entiende que Jesús se diga Señor de los Ángeles, á quienes «enviará á recoger de su reino todos los escándalos y á todos los inícuos, y los arrojarán al horno de fuego,» como se lee en San Mateo (xiii, 41). Por eso pide y reclama para sí el amor que sólo se debe á Dios, como al decir: «El que ama á su padre ó á su madre más que á mí, no es digno de mí» (Mat. x, 37); y da á sus discípulos poder sobre todas las fuerzas de la naturaleza, y sabiduría incontrastable, y les promete su asistencia hasta la consumacion de los siglos (Luc. x, 19; xxi, 15; Mat. xxviii, 20). Por eso nunca templan los Evangelistas con alguna explicacion las palabras de Jesús que parecen indicar su naturaleza ó atributos divinos; siendo así que tantas veces explican palabras ambiguas ó que daban lugar á falsos conceptos, lo cual sucede principalmente en San Juan. Antes por el contrario, si no explícitamente, al ménos de una manera bastante clara, le llaman Dios, desde el principio mismo de sus escritos. Así San Mateo le aplica la profecía de

Isaías (VII) acerca de la Virgen que habia de parir, y cuyo fruto se llamaria, esto es, sería «Emmanuel, ó Dios con nosotros, admirable, Dios fuerte». San Márcos principia con su acostumbrada energía y concision: «Principio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios,» y le aplica luégo la profecía de Malaquías que ya hemos explicado. Y San Lucas nos pinta al Ángel hablando á Zacarías y diciéndole: «Y él (San Juan) convertirá á muchos á su Dios y Señor, y él *le* precederá con el espíritu y virtud de Elías.» Donde se ve claro que ese *le* se refiere al Mesías, á quien ha llamado Dios y Señor de los que por Juan Bautista habian de ser convertidos, pues además de la alusion á la tantas veces citada profecía de Malaquías, así lo exige la voz griega *προελεύσεται*, que en ninguna manera puede entenderse de andar en la presencia de Dios ó vivir santamente; como alguno quiere, sino *preceder*, ir delante preparando los caminos del Señor, de quien iba á ser precursor. Donde se ve claro que segun San Lucas, era el Mesías Dios y Señor de los hijos de Israel. Finalmente, así se entiende cómo San Pedro pudo aplicar á Jesús las palabras que Isaías dice de Dios (VIII, 13): «Al Señor de los ejércitos, á El mismo santificad,» diciendo: «Mas santificad al Señor Jesucristo en vuestros corazones» (1 Pet. III, 15); y San Judas condena á los que «convierten en disolucion la gracia de nuestro Dios, y niegan al solo dominador Dios y Señor nuestro Jesucristo;» pues aún cuando concediéramos que no es auténtica la palabra *Dios* que no se halla en varios manuscritos, aunque sí en el texto griego comun, todavía será cierto que llama San Judas á Jesucristo el *único dominador y Señor nuestro*, cosa que á la letra sólo se puede entender de Dios. Y poco despues atribuye á Jesús la liberacion del pueblo hebreo de la cautividad de Egipto y la condenacion de los Ángeles rebeldes (Jud. 4-6). Donde es de notar la preexistencia de la persona de Jesucristo, que los racionalistas atribuyen ya á la evolucion paulina; y la identificacion del mismo Jesucristo con Jehovah, libertador de su pueblo, y juez que castiga á los ángeles rebeldes. Ante tal cúmulo de textos, únicamente inteligibles en la suposicion de que los sinópticos, las actas, San Pedro, San Judas y Santiago, todos creían en la doble naturaleza y en la divinidad de

Jesucristo, con arreglo á la verdadera inteligencia de las antiguas profecias; se necesita una ciega preocupacion para no verlo así, y afirmar como los racionalistas, que ni Jesús en los sinópticos, ni sus inmediatos discípulos, pasaron del concepto de un hombre plenamente inspirado del espíritu de Dios, del Mesías, como mero hombre, aunque grande y admirable en sumo grado. Por consecuencia, ya podemos prever que la *evolucion paulina* no será más que la declaracion, quizá más expresa, del concepto que aparece en los sinópticos y en los primeros discípulos de Jesús acerca de la persona de su Maestro.

§ 2.º

De los elogios que suele hacer de San Pablo el racionalismo, suponiendo que contra la opinion y voluntad de los Apóstoles emancipó á la Iglesia de las trabas legales mosaicas, predicando una libertad que no es más que esta emancipacion acordada en el concilio de Jerusalem, pero que los racionalistas traducen por la libertad absoluta y la espontaneidad del sentimiento religioso; nada tenemos que decir aquí, habiendo hecho la debida justicia de esta opinion tuinguense, ya anticuada por cierto, en otro escrito nuestro sobre la *Composicion de los Evangelios sinópticos, segun la escuela de Tubinga*. Ahora sólo nos cumple hacernos cargo de la acusacion que se hace al mismo San Pablo de haber contribuido poderosamente á la apoteosis de Jesús, dando lugar á la primera trasformacion ó evolucion paulina, como dicen, del dogma de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. El favor y el disfavor, igualmente inmerecidos, los expone M. Reville en las siguientes palabras de su escrito: «El gran mérito de San Pablo es el de haber lanzado á la Iglesia fuera de las vías del ritualismo judío, y haber sustituido el principio interior de la fe (*que obra por la caridad*, debió añadir para ser exacto) á la observancia de la ley exterior, como origen y fundamento de la vida religiosa. En esto es fiel al pensamiento íntimo de Jesús. Su falta fué acaso haber dado á la persona de Jesús, como objeto de la fe, una importancia tan absoluta, tan exclusiva.

que el cristianismo, en vez de continuar siendo la fe *de* Jesucristo, se hizo por él decididamente la fe *en* Jesucristo.» Ni siquiera advierte Reville que la fe *en* Jesucristo está explícita en los Evangelios, y que Jesús la exigía, como al reprender á sus discípulos y á San Pedro por su poca fe, y al pedir que se le ame más que al padre y á la madre. Pero vamos al asunto. Al acusar á San Pablo los racionalistas de haberse excedido en el concepto que tiene de la persona del Salvador, se quedan más atrás de lo justo; porque el Cristo de San Pablo es más que un Sér superior á la humanidad, como ellos dicen; es una persona divina, un Sér increado, que posee la naturaleza y atributos de la divinidad; en una palabra, es un Hombre-Dios.

Antes de entrar en esta discusion debemos advertir que algunos críticos racionalistas, principalmente Baur y su escuela, sólo admiten, como indudablemente auténticas, las cartas de San Pablo á los romanos, á los corintios y á los gálatas, cuatro cartas, impugnando ó poniendo en duda al ménos, la autenticidad de las otras diez. Como los motivos que para ello exponen son del todo fútiles y absolutamente insuficientes para contrarrestar el peso de la tradicion de la Iglesia entera, la autoridad de todos los manuscritos y de todas las versiones antiguas, no es una malicia sospechar que el motivo verdadero es, que en las cartas dichas se hallan los más claros testimonios contra las teorías de la escuela tubinguesa sobre el antinomismo de San Pablo, y principalmente en la cuestion que en este momento nos ocupa. Sí, en efecto, el dogma de la divinidad de Jesucristo no sube más allá del segundo siglo, las cartas aludidas no podrian ser del primero, por estar en ellas tan explícita aquella creencia. Mas en este caso habria que eliminar igualmente las cuatro cartas perdonadas, no sabemos por qué; porque en ellas profesa el Apóstol la misma doctrina sobre la divinidad de Jesucristo que en las otras; y éstas, léjos de estar en contradiccion con aquéllas, no son más que su confirmacion y desenvolvimiento. El mismo Reville conviene en ello, diciendo: «Es cierto que las cartas no dudosas sientan principios, de los cuales es á veces mera consecuencia la doctrina de las que están en cuestion.» Así se derruye el prin-

cial fundamento del racionalismo contra la autenticidad de unos escritos reconocidos constantemente por la antigüedad cristiana como de San Pablo.

Podríamos, pues, limitarnos á las cuatro cartas, cuya autenticidad reconoce la galantería tubinguesa, ya que encierran más elementos de los que se necesitan para mostrar el acuerdo perfecto de la cristología paulina con la de San Juan y demás escritores del Nuevo Testamento. Mas como, por otra parte, los motivos de repudiar las otras cartas son tan fútiles y tan pocos partidarios ha alcanzado esta opinion, y como dejar á un lado unos documentos cuya importancia dogmática á nadie se oculta, sería privarnos de un precioso recurso, y conceder á las objeciones de nuestros adversarios un valor que no tienen, como lo hemos probado de intento en nuestro *Manuale isagogicum in Sacra Biblia*; haremos uso de esos escritos, tomando sobre nosotros, para quitar motivo á todo escrúpulo, el compromiso de no citar pasaje alguno importante de dichas cartas, siu confirmarle por otro de las cuatro que no se ponen en duda. Respecto á la carta á los hebreos, que se presta á mayores dificultades, aunque tampoco son graves ni incontestables, nuestros adversarios la consideran como paulina en el sentido de haber salido de la escuela de San Pablo, y verse en toda ella el influjo de sus ideas, lo cual basta para el caso.

Dicho esto, preguntémonos ahora; ¿admite San Pablo la preexistencia de Jesucristo ántes de la encarnacion? ¿Qué especie de preexistencia admite? ¿Es una existencia personal ó sólo ideal? ¿Es Cristo preexistente ántes de su encarnacion un Sér increado? ¿En qué relacion está con Dios?

§ 3.º

Respecto á la preexistencia de la persona de Jesucristo, la doctrina de San Pablo es tan explicita como pudiera desearse. «Dando gracias á Dios Padre... que nos ha sacado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al reino del Hijo de su amor... el cual es la imágen del Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque en Él fueron criadas todas en los cielos y en

la tierra, las visibles y las invisibles; sean tronos, sean dominaciones, sean principados, sean potestades, todas fueron criadas por Él y para Él. Y Él es antes de todas, y todas subsisten en Él» (Col. 1, 12-17). Luego Jesús no sólo preexistía antes de su venida al mundo, sino antes del mundo mismo; existía ya cuando ninguna cosa criada existía. Existía antes de todos los siglos, porque «por Él hizo Dios los siglos» (Heb. 1, 2-3). El mismo pensamiento expone en su primera carta á los corintios: «No hay más que un solo Señor, que es Jesucristo, por quien son todas las cosas, y nosotros por Él» (VIII, 6). Baur, que habia intentado restringir estas palabras á la obra de la redencion y á las relaciones de Jesucristo con su Iglesia, interpretacion manifiestamente violenta y contraria al texto, ha acabado por abandonarla él mismo (*Cristianismo de los tres primeros siglos*, en aleman, p. 288).

«Tened en vosotros el mismo sentir, dice San Pablo á los filipenses (II, 5-7), que en Nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo en la forma de Dios, no tuvo por usurpacion el ser igual á Dios; pero se anonadó á sí mismo tomando forma de siervo.» Aquí se hace mencion de dos estados bien distintos: uno ante-histórico, en que Jesucristo era en forma de Dios (gr. *morphe*, figura, es decir, esencia ó naturaleza): otro histórico, temporal, en que se hizo semejante á nosotros tomando nuestra naturaleza (*morphe*). En el fondo lo mismo habia dicho el Apóstol á los de Corinto en su segunda carta, aunque en forma más concisa. Solicitaba limosnas en favor de los pobres de Jerusalem, y para estimular la generosidad de los fieles, les cita el ejemplo de Jesús «que siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que con su pobreza os hiciéseis vosotros ricos» (VIII, 9). No se hizo pobre Jesús por los hombres en el curso de su vida mortal, pues que nació en un establo y pasó treinta años en el taller de un artesano, y en su vida pública no tenía donde reclinar su cabeza, y al fin murió en una cruz. Es preciso, pues, si las palabras de San Pablo han de tener sentido, que en una existencia anterior disfrutara de una gloria á la que voluntariamente renunció, ó más bien, cuyo esplendor veló para impedir que se irradiara exteriormente, y esto haciéndose como uno de nosotros en su encarnacion. Como

se ve, es la misma idea, cuya explicacion y complemento da San Pablo en el texto arriba citado de la carta á los filipenses. Jesucristo se hizo pobre del mismo modo que se anonadó, tomando la forma de siervo el que era en forma de Dios. Otras veces afirma la preexistencia implícitamente, como cuando dice que Dios «envió á su Hijo en semejanza de carne de pecado» (Rom. viii, 3); y en otra parte que «envió á su Hijo hecho de mujer» (Gal. iv, 4); con lo cual puede ver M. Reville como no eran incompatibles para San Pablo la preexistencia y la encarnacion en el seno de María, en lo cual ve él una imposibilidad y un contrasentido, y afirma que San Pablo «ignora la encarnacion.» La mision supone la existencia de quien la recibe, y como el Hijo de Dios fué enviado al mundo por su Padre, es claro que existia ántes de su advenimiento en nuestra carne mortal.

Estos testimonios, cuyo número podríamos alargar, desafian todos los subterfugios de la crítica racionalista. En ellos se formula la preexistencia en términos que no permiten equívoco alguno. ¿Cómo se arreglarán los modernos socinianos para desnaturalizar el sentido de semejantes textos ó debilitar su significado? Veamos hasta dónde llega la fascinacion que ejerce una opinion preconcebida. Lo que segun la mente de San Pablo se parece á la preexistencia, es lo que nosotros llamamos simplemente preeminencia. Se probaria esto fácilmente si se tuvieran «datos más positivos de la doctrina rabinica, de que tomó el discípulo de Gamaliel los elementos de su concepto trascendental de las cosas.» Por desgracia nos faltan estos datos que desea M. Reville. ¿Cómo discurrir sobre conjeturas del todo gratuitas?

Pero es puramente ideal la preexistencia reconocida por San Pablo, nos dicen: «En Dios, como en toda inteligencia, lo que sobresale sobre toda una evolucion, lo que constituye el fin ó la causa final, *preexiste* idealmente á todos los términos medios cuyo desenvolvimiento debe preceder á la aparicion real del sér predominante. Una vez considerado Jesús como el punto culminante de la humanidad, y ésta como el punto culminante del mundo, debia atribuirse á Cristo desde este punto de vista una preexistencia ideal anterior al mundo entero.» Así se explica

M. Reville, y la escuela de Tubinga está también por la preexistencia ideal, explicándola á su manera. Cristo es el tipo de la humanidad: tal es segun Baur, el pensamiento de San Pablo cuando llama á Jesucristo el segundo Adam, el hombre celeste, en oposicion con el primer Adam, el hombre terreno. El Cristo ideal es anterior al Cristo histórico; preexistia, no como persona, sino como pura idea, como las esencias inteligibles de las cosas. Finalmente, segun Beyschlag, el Cristo ideal anterior al Cristo real, ni es una pura abstraccion, ni una realidad concreta, sino una entidad intermedia de que es difícil formar un concepto exacto. Preexistia en Dios como principio de una personalidad futura, principio que pasó de la potencia al acto cuando el Cristo ideal se hizo real é histórico en la persona de Jesús de Nazareth.

Confesamos no comprender esta última teoría. ¿Qué es ese hombre-tipo que está primeramente en Dios, sin tener existencia en sí mismo? ¿Qué es una personalidad virtual, cuyo sujeto no es sustancia, ni accidente, ni pura idea, ni entra en ninguna de las categorías conocidas? Aquí, como en la mayor parte de las teorías exegéticas del racionalismo alemán, se deja conocer la influencia del hegelianismo. Segun éste, todo sale de la idea: ella es la esencia, el principio constitutivo de las cosas; ella la que, por su interna evolucion, produce la serie de las existencias y representa la ley de los hechos en la naturaleza y en la historia. El genio alemán pretende ver claro en estas tinieblas; nosotros no nos meteremos á sondear estas profundidades, seguros de antemano de que no hemos de hallar en ellas más que la contradicción y el vacío.

La preexistencia ideal de la persona de Cristo en el pensamiento divino, no constituiria una prerogativa particular de Jesús; puesto que de este modo todas las cosas precisten en Dios, ya que el universo es la realizacion del plan divino, y todos los seres finitos han sido criados segun el modelo de las ideas eternas; á no ser que queramos decir que Dios crió las cosas á bulto sin saber lo que iba á salir, lo cual es una idea blasfema. Al representarnos San Pablo á Jesucristo como anterior á la creacion entera, nos quiere hablar de un atributo que sólo pertenece á Jesús, de una cualidad que le distingue de

todos los seres criados. Y sobre todo, las explicaciones violentas del racionalismo se desvanecen á la simple lectura del texto. Jesucristo, dice San Pablo, se hizo pobre por amor á nosotros, se anonadó tomando la forma de siervo. Este despojo y este abatimiento se nos presentan como actos voluntarios, libres, y por consecuencia personales; en otro caso nada significaria el razonamiento del Apóstol. ¿Cómo estimular á los corintios á que dieran limosnas con el ejemplo de Jesucristo empobrecido por nuestro amor, si este empobrecimiento no fué el acto libre de una voluntad que tenía conciencia de sí misma y de sus determinaciones? Véase, pues, como no se puede entender San Pablo sino de una persona realmente existente ántes de hacerse hombre.

¿Pero este Jesucristo, realmente preexistente, es un sér criado ó eterno? Esta cuestion se viene á identificar con esta otra: ¿qué relacion hay entre Jesucristo y Dios? Hé aquí la respuesta de San Pablo: Jesucristo es el Hijo de Dios, su órgano, su imágen, su igual, en fin, es Dios en el sentido estricto de la palabra.

Para San Pablo, Jesucristo es el Hijo de Dios; y para que no se dé lugar á dudas acerca del sentido en que toma esta palabra, lo llama Hijo *propio*, al cual entregó por nosotros (Rom. VIII, 32). No se trata, pues, de una filiacion adoptiva comun á todos los justos. En otra parte dice que Jesucristo es engendrado por Dios ántes de toda criatura, pues esto significa la frase *primogenitus omnis creaturæ*. Los arrianos lo explicaban en el sentido de que Jesucristo ocupa el primer lugar entre todos los seres criados, habiéndolo sido Él mismo. Tendrian razon si el Apóstol hubiera dicho *primocreatus*; pero usa la voz *primogenitus*, *πρωτότοκος*, que significa, no criado, sino *engendrado* ántes de toda criatura. Así resulta claramente de la oposicion de los dos términos *κτίσεως* y *τόκος*. Si, pues, Jesucristo procede del Padre por generacion y no por creacion, como todos los seres contingentes, claro es que tiene la misma naturaleza que el Padre, ó que es una sola y misma cosa con Él, supuesto que la naturaleza de Dios, como infinita y simplicísima, no se puede multiplicar.

El Hijo de Dios es el órgano del Padre en todas sus obras.

Todo nace del Padre como fuente primera en el orden de la naturaleza y de la gracia; pero el Padre obra, crea, conserva y gobierna el mundo en el Hijo y por el Hijo. Los textos arriba citados atribuyen la creacion al Padre por el Hijo, y lo mismo sucede con la redencion (2 Cor. I, 1, Eph. I, 4-6, 9, 11; Hebr. x, 7-9; 2 Cor. III, 6; Col. I, 1).

Jesús es la manifestacion perfecta de Dios. San Pablo le llama « imágen de Dios » (2 Cor. IV, 4), « Imágen del Dios invisible » (Col. I, 15). Si el hombre fué hecho á imágen de Dios, Cristo es, segun San Pablo, esta misma imágen, no en virtud de una semejanza moral ó parcial, sino por una representacion adecuada que encierra y expresa la perfeccion total de su principio. Las doctrinas emanatistas, formuladas más tarde en los sistemas gnósticos y en las especulaciones de la cábala, comenzaban á extenderse entre los judíos, principalmente entre los helenistas y alejandrinos. Segun estas teorías, la perfeccion infinita concentrada originariamente en estado de involucion en la unidad pura, sale de ese estado, se particulariza y se determina por su difusion á través de una série de potencias intermedias, que reflejan en proporciones desiguales y siguiendo una progresion descendente, los atributos del principio supremo. San Pablo alude en sus cartas más de una vez á estas teorías. Apénas puede dudarse que las tuviera presentes cuando pone en guardia á los colosenses contra la vana filosofía, que provoca la seducccion con sutilezas acerca del culto de los Angeles y de los elementos del mundo (Col. II, 8-18). No quiere que la divinidad se disperse en una multitud de emanaciones inferiores, en las genealogías interminables de que habla en su primera carta á Timoteo (I, 4); sino que afirma que el Dios invisible, el Padre, se refleja todo entero en su imágen, que es Cristo, igual y consustancial al Padre, porque en Él habita corporalmente (esto es, real, sustancialmente), la plenitud de la divinidad (*pléroma*, Col. II, 9).

El empleo de la voz *pléroma*, de que más tarde abusaron tanto los gnósticos, ha hecho sospechosa para ciertos críticos la autenticidad de la carta á los colosenses; mas siguiendo este método, habria que declarar igualmente apócrifas las cartas á los romanos y á los corintios, en las que se encuentra igual-

mente la misma palabra (Rom., xi, 12; xiii, 10; 1 Cor., x, 26). Igualmente se lee en la version de los Setenta. San Pablo se encontró con una palabra en uso, y se sirvió de ella sin necesidad de tomarla del vocabulario de los gnósticos; ántes es verosímil que éstos la tomaran de San Pablo. Y cuando añade que los fieles están *repletos* en Jesucristo, *πεπληρωμένοι*, es evidente que no se trata aquí de la divinidad, sino de la gracia y las virtudes. Sirva esto de respuesta al Sr. Reville.

La plenitud de la divinidad significa la totalidad de la esencia y perfecciones divinas. De Wette quiere que sólo se entienda de los dones celestiales y atributos morales de la divinidad, no de los metafísicos, dando por razón que los atributos metafísicos de Dios son, como absolutos, incomunicables. ¡Como si no lo fueran igualmente los atributos morales! ¡Como si no estuvieran en Dios elevados al absoluto igualmente que los atributos metafísicos! La esencia divina es incomunicable á todo sér creado; pero que no pueda comunicarse, sin division de sí misma, por una persona divina á otra que procede de ella; ó en otros términos, que la generacion del Verbo personal y consustancial implique contradiccion, ni lo ha demostrado el racionalismo, ni lo demostrará jamás. Además de que esta discusion no es del caso ahora, porque el Apóstol no hace diferencia alguna entre los atributos morales y los metafísicos, y por consiguiente, ningun derecho tenemos á restringir arbitrariamente el valor de sus palabras. M. Reville cree haberlo dicho todo con llamar la atencion hácia el absurdo evidente que, segun él, cometemos los cristianos verdaderos al creer que el Hijo procede del Padre por una *generacion seria*. Si toma estas palabras en un sentido material y grosero, nos calumnia: en otro caso nada más significa su extrañeza ó su desdén por esos entendimientos tan adocenados como San Agustín, Santo Tomás, Bossuet, Leibniz, Newton, etc., etc., que la han creído, sino el no conocer á fondo la doctrina teológica acerca de la Trinidad. Y como esta preocupacion es comun á todos los racionalistas, algunos de los cuales conocemos por acá, cuya buena fe respetamos, aunque el estado de su ánimo nos ha lastimado profundamente; y como la idea de que es un absurdo admitir en Dios pluralidad de personas, es

el fundamento primero de los adversarios que combatimos en este opúsculo, no será extraño á él hacer algunas reflexiones sobre las relaciones de ese dogma con la humana razon; lo dejaremos, empero, para el fin, por no cortar aquí el hilo del discurso.

La igualdad de esencia entre el Padre y el Hijo se afirma no ménos explícitamente en la carta á los filipenses. «El cual (Jesucristo), siendo en forma de Dios, no reputó usurpacion al ser igual á Dios; sino que se anonadó á sí mismo, tomando la forma de siervo, y haciéndose semejante á los hombres» (Phil., II, 6). Los socinianos, así antiguos como modernos, se han esforzado en embrollar este pasaje, cuyo sentido más natural no es difícil de descubrir. Aquí la *forma de Dios* significa la naturaleza de Dios, como lo prueba el empleo de la misma palabra *forma* para designar la naturaleza humana de Jesucristo. Ha tomado la forma de siervo, esto es, se ha hecho semejante á los hombres, como el mismo Apóstol lo explica. Aquí no puede tratarse de una forma puramente exterior, ni de una semejanza aparente. San Pablo se expresa en todas sus cartas con toda claridad acerca de la naturaleza humana real y verdadera de Jesucristo, para que se pueda sospechar en él la menor sombra de docetismo. San Juan Crisóstomo, comentando este pasaje, despues de probar por la contextura del mismo y por su analogía doctrinal con las demás cartas de San Pablo, que se trata aquí de la naturaleza verdadera de Dios y verdadera naturaleza de hombre, explica el empleo de la palabra *semejante á los hombres*, por lo que de ellos separaba á Jesucristo, á saber, su concepcion, el no ser capaz de pecado y el ser á la vez Dios; y así dice que no fué uno de tantos, sino uno entre tantos. Así, pues, la *forma de Dios*, opuesta á la *forma de siervo*, es la naturaleza divina en relacion con la naturaleza humana.

Aunque en ninguna de las cartas de San Pablo se hallara el nombre de Dios aplicado á Jesucristo, bastaria que reconociese en Él la naturaleza y atributos de la divinidad. Los sagrados escritores del Nuevo Testamento reservan generalmente el nombre de Dios al Padre, por ser el principio, no la causa, de las otras dos personas, y no proceder Él de ninguna otra.

La esencia, la divinidad del Hijo es la esencia misma y divinidad del Padre. El Hijo no la posee de sí mismo, sino en tanto que es engendrado por el Padre; pero la posee en toda su plenitud y sin division; es, por lo tanto, un solo y mismo Dios con el Padre. Así se comprende que los autores sagrados hayan atribuido más especialmente el nombre de Dios á la primera persona, sin rehusarle por eso á las otras dos.

Hallamos un ejemplo de esto último en la carta á Tito, donde San Pablo habla del «advenimiento glorioso del gran Dios y nuestro Salvador Jesucristo» (Tit. II, 13). La construcción gramatical de la frase en el texto original, muestra que ambas calificaciones, *gran Dios y Salvador nuestro*, se refieren á Jesucristo. El artículo que está ántes de la primera no se repite en la segunda; al contrario de lo que debería ser, si el Apóstol hubiera querido designar dos sujetos distintos, el Padre con el título de gran Dios, y el Hijo con el de Salvador nuestro. La traducción literal es, pues, esta: «Esperando la revelación gloriosa de Jesucristo, gran Dios y nuestro Salvador.» Y ántes había dicho (I, 3), «que me ha sido encomendada (la predicación), según el precepto de *nuestro Salvador Dios*.» En boca de San Pablo, nuestro Salvador es Jesucristo, y sin embargo, le llama Dios expresamente.

La carta á los romanos contiene una declaración no ménos explícita. Enumerando el Apóstol las prerogativas de los israelitas, termina por la más gloriosa, que es la de haber dado origen, según la carne, á Jesucristo, «que es Dios sobre todas las cosas, bendito por todos los siglos» (Rom. IX, 15). Todos los padres y doctores de la Iglesia, sin excepción, han traducido el texto como nosotros, refiriendo á Jesucristo el miembro de frase que sigue á *Cristo según la carne*. Erasmo ha sido el primero entre los modernos que ha atribuido la interpretación tradicional á un error de puntuación; afirmando que debe escribirse un punto después de las palabras *Cristo según la carne*, y considerarse el resto como una doxología independiente de las palabras que preceden, de modo que el sentido de la frase sea este: Que Dios, que es sobre todas las cosas, sea bendito para siempre. Naturalmente la puntuación de Erasmo ha conseguido los sufragios de los socinianos y racionalistas,

y aún debemos confesar con sentimiento, que también es adoptada por Tischendorf en su *Novum Testamentum Triglotum*, no pudiendo nosotros afirmar si sigue la misma opinión en su Edición crítica octava, por no tenerla á la vista. Adviértase que en materias de puntuación en los textos del Nuevo Testamento no vale acudir á los manuscritos antiguos, que carecen de ella, y hasta de la separación de palabras, estando todos escritos de seguida y en caracteres mayúsculos ó iniciales, tratándose de los más antiguos. No sirviendo, pues, este recurso, hay que acudir á la inteligencia que dieron los Padres al citado pasaje, y principalmente en nuestro caso, ya que tratamos con racionalistas, al estudio del pasaje mismo, para ver cuál deba ser la puntuación más natural. Pues bien; si el punto colocado después de las palabras *Cristo segun la carne* no es rigurosamente contrario á las reglas de la construcción gramatical, ni se hace con él ininteligible la frase, es ciertamente la puntuación ménos natural. La súbita exclamación de San Pablo, aceptada esta puntuación, no se explica suficientemente por el contexto; parece descosida, fuera de lugar: no está traída por el encadenamiento lógico de las ideas. La interpretación común, al contrario, es la que por sí misma se ofrece desde luego al espíritu, se liga á lo que precede, y tiene el mérito de no interrumpir bruscamente la serie del discurso.

Pero tiene en favor suyo una razón más decisiva. El texto dice que de los israelitas «ha salido Cristo *segun la carne*, que es Dios sobre todas las cosas.» ¿Qué hacen ahí esas dos palabras *segun la carne*? Manifiestamente suponen la presencia en Cristo de un elemento superior que no procede de los israelitas y de que no pueden gloriarse. Resta saber qué elemento es ese. ¿Quiere decir San Pablo que Jesús descende de los judíos en cuanto al cuerpo, pero no en cuanto al alma? Ridícula sería esta interpretación y del todo contraria al uso universal y al de la Escritura. Ciertamente que la descendencia natural tiene por fundamento al cuerpo, la parte material del compuesto humano, transmitida por generación de padres á hijos. Mas á nadie le ocurre poner semejante restricción al título de hijo ó descendiente, pues todo el mundo sabe que el alma viene de

otra parte. Así, al decir de un puro hombre que es hijo de tal ó pertenece á tal familia, nadie se cree obligado á añadir *segun la carne ó en cuanto al cuerpo*, ni se da un solo ejemplo en la Escritura. ¿Por qué, pues, y en qué sentido hace San Pablo esta reserva, hablando de la procedencia de Jesucristo de los israelitas? Él mismo nos da la respuesta en lo restante de la frase. Añade *segun la carne*, esto es, en cuanto hombre, porque Aquél de quien habla es más que hombre, es el Dios sumo, cuyo nombre es bendito para siempre. En el lenguaje de la Escritura la *carne* se toma frecuentemente por el *hombre* (Gen. vii, 12), y el mismo M. Reville nos recuerda que San Pablo protesta no haber conocido á Jesucristo *segun la carne*, esto es, al hombre, sino sólo por revelacion superior.

La razon que mueve á ciertos críticos á rechazar la interpretacion tradicional del versículo que nos ocupa, es su pretendida oposicion con la cristología de San Pablo, es decir, que dan por supuesto lo mismo que está en cuestion, á saber, si han interpretado fielmente las ideas de San Pablo acerca de la persona de Jesucristo. Estricto partidario, dicen, del monoteísmo, jamás el Apóstol hubiera atribuido el título de Dios á otros que á Aquél de quien él mismo dice: «No hay más que un solo Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo.» Mas, ¿por qué no hubiera podido llamar tambien Dios al que declara él mismo igual á Dios, criador del mundo, por quien todas las cosas subsisten, en quien reside sustancialmente la plenitud de la divinidad? El nombre de Dios dado á Jesucristo resume la cristología paulina, léjos de contradecirla. Cuando San Pablo dice que no hay más que un Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, lo dice para rechazar los dioses y señores que los paganos admitian, «porque hay, dice, muchos dioses y muchos señores» (1 Cor. xi, 5-6), pero no excluyendo al Hijo; como no excluye al Padre de la cualidad de Señor, al decir en el mismo pasaje que no hay más que un solo Señor, Jesucristo. Establece, pues, la unidad de la naturaleza divina; no excluye á Jesucristo de la participacion de esa misma naturaleza simple é indivisiblemente comunicada al Hijo por la eterna generacion.

§ 4.º

Si el Hijo es igual al Padre y Dios como Él, ¿cómo explicar, añaden, los numerosos pasajes en que San Pablo parece colocarle en un rango inferior, aunque superior á todos los demás seres, en que le representa como un Dios inferior subordinado al Dios sumo? Pues todos los escritos del Nuevo Testamento, sin exceptuar el cuarto Evangelio, ofrecen la misma dificultad. En ellos aparece y se declara el Hijo como subordinado al Padre, enviado por Él al mundo para cumplir su voluntad. En términos formales declara, que el Padre es mayor que Él (Joan. xiv, 28), que del Padre tiene todo cuanto es, toda su gloria y todo su poder (Mat. xi, 27; xxviii, 18). Ruega á su Padre que aparte de Él el cáliz de su pasion (Mar. xiv, 36), y se queja de que le ha abandonado (Mateo xxvii, 46). Segun San Pablo, Cristo es de Dios, y Dios es la cabeza ó el jefe de Cristo (1 Cor. xi, 3, y iii, 23). «Luego que todas las cosas le fueren sujetas, entónces el mismo Hijo se sujetará al que le sujetó á El todas las cosas, para que Dios sea todo en todos» (1 Cor. xv, 28). Estos pasajes y otros muchos que se podrian alegar y alega M. Reville, parecen justificar á primera vista la opinion de que el subordinacionismo existe en gérmen en la cristología primitiva. Pero no hay nada de esto, y todo en la doctrina católica concuerda.

Antes de ir más léjos, y para evitar malas inteligencias, conviene disipar el equívoco de términos mal definidos, como las palabras dependencia y subordinacion. Hay una subordinacion que supone inferioridad esencial, cual es la de la criatura respecto del Criador, de la materia respecto del espíritu. Esta subordinacion repugna á Cristo como Verbo, Hijo de Dios por naturaleza; pero le es inherente en cuanto hombre y representando la humanidad. Como Dios es igual y consustancial al Padre, como hombre le debe el homenaje que la criatura debe al Criador. Esta distincion nada tiene de sutil ni forzada; es la consecuencia necesaria del misterio de la Encarnacion. Siendo Jesucristo Dios y hombre juntamente, ha debido

hablar y obrar, segun hemos dicho ya, unas veces como Dios y otras como hombre, y este doble carácter se reproduce en sus relaciones con Dios y con los hombres.

Otra especie de subordinacion hay que no implica inferioridad de esencia, porque sólo se refiere al origen y no á la naturaleza del sér subordinado. Tal es la relacion del Hijo con el Padre, y del Espiritu Santo con el Padre y el Hijo. El Hijo procede del Padre por vía de generacion, depende, por tanto, de Él cuanto á su origen, y en este sentido le está subordinado. Pero de aquí no se sigue en manera alguna que le sea inferior en esencia y perfeccion; ya porque la generacion eterna le comunica la plenitud del sér y atributos divinos, pues que la sustancia infinita no admite division ni aminoracion, estando toda entera en las tres personas, aunque la primera la posea de sí misma y las otras dos en cuanto proceden de la primera; ya tambien porque la subordinacion del Hijo al Padre no tiene nada comun con la especie de dependencia que nace del acto creador. La creacion es un acto libre; el sér sacado de la nada volveria á dejar de ser algo en cada instante, si Dios suspendiera, como puede, el efecto de su libre voluntad, con la que le conserva la existencia. Todo lo contrario sucede con la generacion del Verbo y con la procesion del Espiritu Santo; el Padre engendra eterna y necesariamente al Hijo, y la naturaleza del Hijo es indestructible, por ser la misma que la del Padre, de quien es personal, pero no sustancialmente distinto. Lo mismo hay que decir del Espiritu Santo.

Las relaciones internas de las divinas personas son el fundamento de sus relaciones externas con las criaturas. El Hijo eternamente engendrado por el Padre, aparece en el mundo con el carácter que personalmente le distingue, esto es, como salido del seno del Padre por una especie de prolacion exterior; y en este sentido, como por Él enviado al mundo. Lo mismo se aplica á la mision del Espiritu Santo sobre las criaturas, viene del Padre y del Hijo en el tiempo, porque procede de ambos en la eternidad. Si se nos permitiera emplear una comparacion que ciertamente no se ha de entender á la letra, diríamos que la mision de las divinas personas *ad extra*,

como dicen los teólogos, es una especie de prolongacion de sus relaciones de origen, con la diferencia, sin embargo, de que la mision *ad extra* es un acto libre, miéntras que las relaciones interiores son eternas y necesarias. La mision supone la subordinacion de origen, pero no implica inferioridad esencial en la persona enviada.

Dadas estas explicaciones, que tal vez parecerán á los racionalistas—si por ventura alguno nos lee—*teológoumenos*, como dice M. Reville, es decir, dogmas no contenidos en la Escritura, sino producto de lucubraciones metafísicas; pero que realmente no son otra cosa que la labor de la teología especulativa sobre los datos formalmente expresos en la Escritura y tradicion; con estas explicaciones, digo, está respondido á la dificultad expuesta arriba, y tan sobrecargada de citas por M. Reville con los demás de la escuela, en un asunto en que no se necesitan, porque todas las admitimos sin inconveniente. La cuestion está en entenderlas. Los textos en la objecion alegados pueden distribuirse en dos clases: unos expresan la inferioridad esencial de Jesucristo con respecto á Dios, otros sólo suponen una dependencia de origen: los primeros consideran á Jesucristo en cuanto hombre, los segundos le convienen como Hijo de Dios por naturaleza, engendrado por el Padre ántes de todos los siglos: ni unos ni otros se refieren á su naturaleza divina como inferior en lo más mínimo á la del Padre, ya que es la misma en número, puesto que lo divino, infinito, absoluto, simple, no se puede dividir ni participar en grados diversos, ni en semejante absurdo cayó jamás ningun autor sagrado.

¿Qué significa la sumision final de Jesús de que habla el Apóstol en su primera carta á los corintios? ¿Quiere decir que el Hijo de Dios, libre por un tiempo de todo lazo de dependencia, volverá á la obediencia del Dios sumo, despues de devolverle el cetro que sólo temporalmente habia recibido? Semejante interpretacion es manifestamente inadmisibile; el cambio que supone no conviene á Jesucristo, ni como hombre ni como Dios. Como Dios, porque su relacion con el Padre es inmutable: eternamente será como es, como ha sido ántes y despues de la obra de la redencion. Como hombre, porque no es-

pera la consumacion final para estar sometido á Dios, puesto que despues de su encarnacion, su vida entera fué un acto de perfecta obediencia, y ella es la que le clavó en la cruz. Por otra parte, su reino no tendrá fin, como dice el Evangelio, y sería extraño que la victoria final y completa sobre sus enemigos le hiciera perder el imperio que su Padre le habia dado. ¿Cómo, pues, pudo decir San Pablo, que al fin de los tiempos Cristo quedará sometido á Dios? Aquí no puede tratarse sino de Cristo como jefe y cabeza de la Iglesia y representante de la humanidad. Vencedor en su lucha contra el mundo y los poderes infernales, devolverá, ó más bien, presentará al Padre su reino pacificado; el derecho de Dios será plenamente reconocido, confirmada su voluntad como regla suprema, y será todo en todos. Estas últimas palabras expresan la idea dominante de todo el pasaje: la reconciliacion consumada entre el cielo y la tierra, la unidad restablecida, el triunfo definitivo del bien sobre el mal, Dios glorificado eternamente en su Hijo y en los elegidos de quienes es la cabeza.

De la discusion que precede resulta claramente para el que vea las cosas con imparcialidad, que San Pablo atribuye á Jesucristo la naturaleza, los atributos y hasta el nombre de Dios, y quedan explicados los numerosos pasajes en que le reconoce inferior al Padre, no en esencia, sino en uno de los dos sentidos expuestos. Y así es preciso rechazar como indigna del talento de San Pablo, y hasta calumniosa, la idea de que creyera en un Dios inferior y otro superior, en un no sé qué, ni Dios, ni hombre, ni Ángel, en un sér que flota en los aires, como dice M. Reville. Todas estas absurdas imputaciones á un hebreo, monoteista, bien imbuido en las Escrituras (en las que dice Dios que no dará su gloria á ningun otro), luz y doctor del mundo, que habria caído, segun los modernos racionalistas, en los absurdos más palpables de las teorías emanatistas que él mismo condena; todas estas imputaciones, repito, proceden de no querer admitir en San Pablo el dogma de la Encarnacion de la divinidad, dogma enseñado en las Escrituras y dogma de tradicion universal. Pues esta sola idea compone todos los pasajes de San Pablo, que á nuestros

adversarios parecen antitéticos, y que no lo son más que el misterio de la Encarnación.

CAPÍTULO VII.

CRISTOLOGÍA DE SAN JUAN.

§. 1.º

El apóstol San Juan expone claramente el objeto de su Evangelio. «Otros muchos milagros, dice, hizo Jesús á vista de sus discípulos, que no están escritos en este libro; y éstos han sido escritos para que creáis que Jesús es Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyéndolo, tengais vida en su nombre» (Joan xx, 30-31). Estas palabras son como el resumen del cuarto Evangelio, y explican su forma y contenido. El autor quiso probar que *Jesucristo es Dios*, que *es el principio y dispensador de la vida espiritual*, que *para vivir de esta vida es preciso unirse á Él por la fe*. Tanto el Evangelio como las cartas de San Juan, singularmente la primera, que es como la credencial del Evangelio, tienen por objeto principal el desenvolvimiento de estas tres aserciones.

Pero ¿no era éste tambien el objeto de la predicacion del cristianismo en general? Los Apóstoles al predicar la buena nueva, San Pablo al escribir sus cartas, los autores de los Evangelios sinópticos, no se proponen otro fin que el de atraer á los hombres, mediante el relato de los milagros y discursos del Señor, á la creencia de que Él era el Mesías, el Hijo de Dios, el autor de nuestra salvacion. San Juan no viene á anunciar un cristianismo nuevo, ni á promulgar dogmas ántes desconocidos; no hace más que volver al tema de sus predecesores, el misterio del Hijo de Dios hecho hombre para la salvacion del mundo; aunque trata este tema bajo la forma y con las aclaraciones que demandaban las circunstancias. Entre las causas que hacian necesario un nuevo testimonio acerca de la divinidad de Jesucristo y verdad de la Encarnación, hay que contar la propagación de las doctrinas gnósticas en

Oriente, Egipto, y aún en Palestina, pero principalmente en Efeso, y por toda el Asia menor. No es esto una conjetura, sino un hecho atestiguado por las cartas de San Pablo, y los escritos de los más antiguos Padres, en particular San Ignacio, y hoy fuera de toda duda despues del descubrimiento del libro llamado *Philosophoumena*, sea el que quiera su autor, que en la más comun opinion es San Hipólito.

Cierto que el gnosticismo no se presentó en el primer siglo en forma de un sistema completo y bien definido; mas no por eso está ménos averiguado que las doctrinas desenvueltas más tarde por Valentino, Marcion, Basílides, Bardesanes, Manés y demás corifeos de la secta, aparecieron ya á la vez que el cristianismo, en abierta oposicion con el Evangelio. Para hallar los orígenes del gnosticismo hay que subir más arriba, hasta el dualismo persa, el emanatismo oriental, las especulaciones egipcias, y los sueños de la cábala. La aparicion del cristianismo provocó el desenvolvimiento de aquellas teorías, que presto se habian de formular en sistemas, pero cuyos gérmenes existian de mucho tiempo ántes. Hasta el judaismo sufrió su influencia. Una mezcla caprichosa de ideas gnósticas, judías y cristianas caracterizaba á los judaizantes teósofos; de los cuales debia haber muchos en Efeso y demás ciudades del Asia menor, aún entre los judíos convertidos, pues que inspiraron á San Pablo serios cuidados. Ellos se creian en posesion de una ciencia superior, y aplicaban sus principios á la interpretacion del dogma cristiano. En realidad, so pretexto de transformar científicamente el cristianismo, sustituiian sus devaneos á la verdad. «Naufragaron en la fé,» dice San Pablo (1 Tim. 1, 19); y los representa como unos espíritus presuntuosos que, poseyendo apénas los primeros elementos de nuestros misterios, se erigian en doctores, y resolvian sobre cuestiones que no entendian, como no se entendian á sí mismos (Ib. 1, 7). San Pablo se levantó enérgicamente contra la ciencia mentirosa (*gnosis*), fruto del orgullo, que pretendia sustituirse á la fe.

El mismo apóstol, al alejarse por última vez de las playas del Asia menor, sentia un sombrío presentimiento á vista de los peligros que amenazaban á las iglesias nacientes por parte

de aquellos falsos doctores, hinchados con una falsa ciencia. «Yo sé, dice á los obispos de Efeso y lugares vecinos, que despues de mi partida, entrarán entre vosotros lobos rapaces que no perdonarán al rebaño, y de entre vosotros mismos se levantarán hombres que dirán cosas perversas, con el fin de atraerse discípulos» (Act. xx, 29-30). ¿De qué hombres, y de qué doctrinas hablaba? El mismo nos lo dirá en las cartas que escribirá desde Roma al Oriente. Así dice á los colosenses (II, 8): «Tened cuidado de que nadie os seduzca por la filosofía y vana falacia, segun dóctrina humana, ó segun los elementos del mundo, y no segun Jesucristo.» La vana filosofía de que habla el Apóstol en este pasaje, se gloriaba de subir hasta los principios elementales de las cosas, y atribuía la formación y gobierno del mundo á potencias intermedias. «Que nadie os arrebate el premio de vuestra carrera, afectando entre apariencias de una falsa humildad, un culto supersticioso de ángeles, metiéndose á hablar de cosas que no conoce, hinchado por vanas imaginaciones de un espíritu carnal» (Ib. II, 18). Los judaizantes daban á aquellas potencias intermedias el nombre de ángeles, tomado de la Escritura, y las suponían emanadas unas de otras siguiendo una progresión descendente. De ahí aquellas «genealogías interminables» que San Pablo trata de «fábulas ridículas, más á propósito para suscitar disputas que para fundar por la fe el edificio de Dios» (1 Tim. I, 4; Tit. III, 9). Aquellas genealogías vinieron á ser más tarde la série de *eones*, que tanto papel desempeñan en los sistemas gnósticos. Los falsos doctores de que se queja el Apóstol, preludiaban los errores de los maniqueos por la abolición del matrimonio y prohibición de ciertos alimentos como esencialmente malos (1 Tim. IV, 3-5; Tit. I, 14-15); en estos rasgos se reconoce la influencia del sistema dualista. De los mismos principios procedían los ataques contra la resurrección de los cuerpos.

Lo que en buena crítica puede deducirse de los textos citados de la carta á los colosenses, y de las llamadas pastorales, es que los orígenes del gnosticismo suben más arriba de lo que se había pensado. El argumento sacado de dichos pasajes contra la autenticidad de las citadas cartas, no tiene valor. Se

suponia sin motivos que las teorías á que alude San Pablo, datan sólo del tercer siglo, ó á lo más de la última mitad del segundo. El descubrimiento de los *Philosophoumena* ha venido á esclarecer este punto de una manera inesperada. Entre el número de las sectas gnósticas descritas por el autor, figuran los ophitas, casi contemporáneos de la edad apostólica, herederos directos de los innovadores combatidos por los Apóstoles. Los primeros ophitas aparecían desde el principio del segundo siglo, pocos años despues de la muerte de San Juan. Su sistema es en el fondo la teoría gnóstica, tal como aparecerá en los siglos siguientes.

No hay, pues, motivo de extrañeza en las frecuentes alusiones de San Juan á la propaganda gnóstica. Él trata de precaver á los fieles contra los hombres perversos que intentan seducirlos (1 Joa. 11, 20, 27), y que son tanto más peligrosos, cuanto que salen del seno mismo de la Iglesia, é intentan corromperla con sus particulares doctrinas (Ib. 18-19). Llámalos anticristos, porque atacaban directamente la persona del Salvador. Como se decían depositarios de una ciencia más perfecta, San Juan recuerda á los fieles que no tienen necesidad de que nadie los instruya, pues que han aprendido la verdad desde el principio por medio de la predicacion apostólica, tesoro que deben fielmente guardar (Ib. 11, 24). La unción del Hijo de Dios les dará la inteligencia de las verdades que les fueran enseñadas (Ib. 27), y esto debe bastarles.

Los innovadores contra quienes San Juan escribió su Evangelio y sus cartas, echaban por tierra el dogma de la Encarnacion por tres diferentes maneras, negando unos la naturaleza divina del Salvador, otros la humana y otros la union personal de ambas en Jesucristo. En la primera categoría colocamos á los ebionitas, al ménos pasado algun tiempo desde la primera predicacion; pero ántes de que todos los Apóstoles desaparecieran del mundo. Ellos tenían á Jesús por puro hombre, miéntras que otros, sin negar positivamente la existencia del Verbo, le consideraban como una potencia de orden inferior, uno de los *eones* emanados del Dios supremo, como pensaba Cerinto. A la segunda pertenecían los docetas, así llamados porque reducían el elemento terrestre y humano de

Jesucristo á una simple apariencia. No negaban que hubiese venido Cristo, pero sí que hubiese venido en carne (1 Joan, iv, 2); esto es, que tuviera cuerpo visible. El docetismo parece haber estado muy extendido en el Asia menor, como se ve por las cartas de San Ignacio mártir (Ad. Trall., c. 9 y 10), y por las de San Policarpo (Ad. Philip.) San Juan señala un tercer error, aquel que segun frase suya, dividia á Jesucristo, substituyendo á la union real y personal de las dos naturalezas, la union puramente moral, la asociacion temporal del Verbo con Jesús de Nazareth. Esta union, segun Cerinto, se verificó el dia del bautismo de Jesús en el Jordan, pero sólo por algun tiempo; porque Cristo volvió al cielo ántes de la pasion, de suerte que quien murió en la cruz fué sólo el hombre Jesús. Esta manera de ver apénas difiere de la de los ebionitas.

La mayor parte de las heregias acerca de la persona de Jesucristo, nacidas en el primer siglo, tenian su origen en los dos sistemas filosóficos más extendidos por entónces, el emanatismo oriental y el dualismo persa. El emanatismo colocaba en el origen de todas las cosas la unidad absoluta, no como causa eficiente y creadora del universo, sino como el gérmen, cuya evolucion gradual daba nacimiento á la variedad de los seres finitos. En fuerza de sublimar la nocion de la unidad divina, la reducía á un estado de pura abstraccion. El Dios sumo, despojado de todo atributo, se desvanecia como una sombra impalpable en aquellas profundidades en donde el pensamiento no podia penetrar. Para explicar la produccion del mundo, hubieron de acudir á poderes intermedios emanados, no se sabe cómo, del primer principio. Entre esos poderes contaban al Verbo, ó Cristo, que se unió á Jesús, aunque transitoriamente, linaje de union que nada tiene que ver con la union hipostática. Los *eones* eran fuerzas cósmicas, más bien que inteligencias dotadas de propiamente dicha personalidad.

El otro sistema que no ejerció menor influencia en el desenvolvimiento del gnosticismo, fué la teoria de los dos principios coeternos y necesarios, simbolizados entre los parsis por la oposicion entre la luz y las tinieblas. La materia, producto del principio tenebroso, es mala de suyo, y por tanto incapaz

de concurrir á la obra de la redencion. La luz no puede unirse á las tinieblas sin perder su brillo y su pureza. Léjos de servir de instrumento á la santificacion, el cuerpo opone un obstáculo invencible; y así, la redencion consistirá en desprender las partículas de la luz, esto es, las almas, de los lazos corporales que las retienen cautivas. De aquí la imposibilidad de la encarnacion: el Verbo no habría podido, sin mancillar su pura esencia, contraer con la materia tan estrecha union, y por tanto, ni se hizo carne realmente, ni tomó de nuestra naturaleza más que la semejanza exterior. Su venida al mundo sólo tenia por objeto traer á los hombres el verdadero conocimiento ó la *gnosis*, en la cual hacian consistir toda la perfeccion. Para rescatar las almas cautivas bajo el poder de las tinieblas, no habia necesidad de sacrificio expiatorio; bastaba ilustrar á los hombres acerca de sus deberes y de sus relaciones con Dios. A la fe en Jesucristo mediador, sustituiian los gnósticos la doctrina, la fe muerta y estéril de que habla Santiago.

§ 2.º

Tales eran los errores cuya refutacion forma uno de los principales objetos del Evangelio y de las cartas de San Juan. En estos documentos se ve á cada paso el designio expreso de afirmar la divinidad de Jesucristo contra los ebionitas y cerintianos. No sólo resulta así de declaraciones formales del autor, del prólogo del Evangelio y demás lugares en que habla el evangelista en su propio nombre, sino de la eleccion de materiales reunidos en la obra, de los milagros que refiere, de los discursos y diálogos en que el mismo Jesucristo afirma su divinidad. Entre los milagros de que está llena la vida de Jesucristo, el autor describe con preferencia aquellos en que más brillante se manifiesta la gloria de Jesús, como Hijo único del Padre (v. los cc., ix y xi). Tambien recoge con cuidado numerosas discusiones del Salvador con los judíos, en las que de varios modos proclamaba su naturaleza divina (v, 18; vii, 14, 36; ix; x, 22, 29). Lo mismo sucede con los diálogos habidos con diversos personajes, como Natanael, Nicodemo, la Sama-

ritana, el ciego de nacimiento, etc. A Natanael le enseña que Él es el hijo de Dios (I, 15-51); á Nicodemo, que viene á salvar el mundo por medio de la fe en Él, como Hijo de Dios; á la Samaritana, que es la fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna; al ciego de nacimiento, que ha venido á juzgar al mundo y hacer que brille la luz en los ojos de los que viven en tinieblas (IX, 39). No citaremos todos los pasajes en que da testimonio de sí mismo, de su preexistencia (VII, 58), de su supremo poder, como dispensador de la vida eterna (X, 28), de su unidad con el Padre (*Yo y el Padre somos una cosa*, X, 30). Todos ellos se refieren al Verbo encarnado, al cual sube á considerar en sus relaciones con su Padre y con la creacion en general. «El Verbo existia en el principio, y existia en Dios, y era Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él, y nada de cuanto ha sido hecho lo ha sido sino por Él. Él era la vida y la luz que ilumina á todo hombre al venir á este mundo» (Cap. I, 1...)

Nada de esto necesita comentario. La preexistencia del Verbo, su eternidad, su omnipotencia, su divinidad aparecen con toda la claridad que pudiera apetecerse, y ese *Verbo se hizo carne*, esto es, hombre, *y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, propia del Unigénito del Padre*. Estos pasajes y otros ciento que pudieran alegarse responden á los que dicen, como M. Reville, que para el autor del cuarto Evangelio, el Hijo es Dios, no en sentido absoluto, como el Padre, sino «en un sentido restringido, superior sin duda, pero análogo en el fondo al que tenía la misma palabra aplicada á los jueces de Israel.» Ya hemos dicho por qué dan los autores del Nuevo Testamento á la primera persona principalmente el nombre de Dios; y en qué sentido subordinan el Hijo al Padre. Esta especie de subordinacion, como hemos visto, no implica inferioridad de esencia, sino una mera dependencia de origen que deja subsistir la entera igualdad, ó mejor identidad de perfecciones en las tres divinas personas. Segun M. Reville, la inferioridad de esencia entra en el concepto mismo del Verbo: porque «su misma imperfeccion es la que le permite tener con el mundo y la humanidad relaciones incompatibles con la perfeccion absoluta del Padre. Así, la carne del Verbo puede padecer las ne-

cesidades, sensaciones y sufrimientos de todo cuerpo humano.» El que pueda comprenderá el razonamiento de M. Reville, pues nosotros no vemos cómo se deduce que el Verbo, como tal, sea una esencia inferior á Dios, de que sufriera en el cuerpo que tomó al encarnarse las impresiones, dolores propios de la naturaleza humana. Cualquiera diría que el resultado de la Encarnacion habia sido una naturaleza mixta, ni divina ni humana, si de algun modo hubiera de entender esta dificultad de Reville; miéntras que el mismo catecismo enseña que la segunda persona de la Santísima Trinidad, sin dejar de ser Dios, quedó hecho hombre mediante la Encarnacion. Pero las escuelas críticas tienen poca aficion á lo metafísico y dogmático, y ya se conoce.

San Juan es el apóstol del Verbo encarnado: esto quiere decir que al proclamar la divinidad de Jesucristo mantiene con igual firmeza la realidad de su naturaleza humana. «El Verbo se hizo carne» es su fórmula, y ella sola es la refutacion del docetismo. Y no contento con esto, desde el principio de su primera carta pone empeño especial en afirmar el dogma cristiano atacado por los docetas, á saber: que el elemento terrestre del Salvador era una verdadera carne visible y tangible, y no un cuerpo fantástico y aparente como enseñaban aquellos sectarios. «Lo que era desde el principio, lo que hemos oido, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos mirado y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida (pues la vida se manifestó, y vimos y testificamos y os anunciamos aquella vida eterna, la cual estaba con el Padre y se nos ha aparecido).» (1 Joh. i, 1...) El Apóstol insiste con frecuencia en este asunto, como cuando en el Evangelio afirma con tanto encarecimiento la realidad de la sangre y el agua que salió del costado del Señor al recibir la lanzada, y otras varias veces. Confesar que Jesucristo apareció en verdadera carne, formaba á sus ojos la señal distintiva del verdadero creyente, y, al contrario, la negacion de este punto doctrinal era para él la señal del anticristianismo (1 Joh. iv, 2-3; 2 Joh., 7). Al mismo fin tienden algunas de sus noticias, que prueban la realidad del cuerpo de Jesucristo resucitado (Joh. xx, 24-29; XXI, 12...)

No basta reconocer la existencia de las dos naturalezas en Je-

sucristo, sin admitir á la vez el lazo real y personal que las une sin confundirlas. La fórmula: *El Verbo se hizo carne* bastaria por sí sola para establecer invenciblemente la union hipostática, tan claramente enunciada además en los versos ya citados de la primera carta y en todo el Evangelio. El mismo Jesús que existia ántes que Abraham naciese (Joh. viii, 58), y pide á su padre que «le glorifique con la gloria que habia tenido en Él ántes de la creacion del mundo,» es el mismo que derrama lágrimas ante la tumba de Lázaro, que padece y muere en la cruz. Mas atribuir á un mismo sujeto las propiedades y atributos de dos sustancias irreductibles, ¿no es afirmar en él dos naturalezas en una persona?

San Juan refuta indirectamente las heregias contrarias á la Encarnacion, exponiendo la verdadera doctrina tocante á Dios y sus relaciones con el mundo. Al Dios abstracto de los emanatistas opone el Dios vivo y personal, Dios que es vida, luz y amor. Él es la vida eterna (1 Joh. v, 20), principio de toda vida creada. Es la luz que ilumina el mundo todo inteligible y penetra hasta las últimas profundidades del sér (Ib. iii, 20). Es amor, probándolo principalmente por el dón que nos hizo de su unigénito Hijo, para que todo hombre que crea en Él no perezca, sino que consiga la vida eterna (Joh. iii, 15). A las emanaciones decrecientes imaginadas por los gnósticos como intermediarias entre Dios y el mundo, opone San Juan la perfecta manifestacion de Dios por su Verbo. Todo lo que dice de Dios, lo dice igualmente del Hijo de Dios. Tambien el Verbo es luz y verdad (Ib. i, 5; iii, 19; ix, 5; xii, 46), amor y vida (Ib. xiv, 6); reside en el seno del Padre, es su órgano, su imágen consustancial, puesto que constituye con Él *una misma cosa* (Ib. x, 30), y contemplarle á Él es lo mismo que contemplar al Padre (Ib. xiv, 9).

El racionalismo moderno pretende encontrar en el cuarto Evangelio las huellas del dualismo platónico. «En Él (el Logos) dice M. Reville, está la vida, y la vida es la luz de los hombres; pero las tinieblas, el elemento material, negativo, rebelde en sí á la accion divina, rechazan la luz, y de ahí el conflicto permanente de la accion luminosa divina y de la tenebrosa satánica reaccion, conflicto cuya crisis decisiva señala

la encarnacion del Verbo. En efecto, el Verbo, ó el Hijo único, el sólo que ha sido directamente engendrado por el Padre, el sólo que se halla en estado de revelar á los hombres los divinos misterios, hizo de un cuerpo humano su tienda, su habitacion temporal, ἐσκήνωσεν ἐν ἡμῖν, y se apareció á los hombres bajo esta envoltura viviente. El dualismo platónico que domina todo este concepto de las cosas, continúa en el terreno antropológico. Ante el Verbo encarnado, la humanidad se divide en « hijos de la luz » é « hijos de las tinieblas. » El Verbo arranca á los hijos de la luz del poder del diablo, príncipe de este mundo. Y áun para esto mismo se encarnó, para que en virtud de la afinidad electiva que une lo semejante con lo semejante, los hijos de las tinieblas marchen á la perdicion, miéntras que los hijos de la luz cederán espontáneamente al atractivo del Verbo que les comunica su espíritu divino (Reville, l. c.)»

De todos los descubrimientos de que se envanece la nueva crítica, no es el ménos sorprendente el dualismo del cuarto Evangelio en el sentido platónico; pues en el sentido, por ejemplo, de los krausistas, le hay ciertamente, como en toda doctrina que distinga lo finito de lo infinito. Siempre se habian interpretado aquellas palabras de San Juan: « Todas las cosas fueron hechas por Él (el Verbo), » como la más resuelta negacion del dualismo; puesto que si el Verbo lo ha criado todo sin excepcion, tambien el mundo visible es obra suya, y la materia no es un sér eterno y necesario. M. Reville opone la falta de la palabra *criar*, sin advertir que está reemplazada por otra equivalente; y así en el símbolo de Nicea, cuyo Concilio nadie dirá que no creia la creacion propiamente dicha, se llama á Dios *factorem caeli et terræ*, no *creatorem*, como en el símbolo llamado de los Apóstoles; y en ambos se quiere decir lo mismo, como ya la version griega de los Setenta tradujo al principio del Génesis la palabra *crió* por la palabra *hizo*. Es decir, que la materia de que se trata, y la conocida creencia del escritor, le permiten esta sustitucion de palabras, aunque en sí no sean rigurosamente sinónimas. Todo, pues, ha sido hecho por el Verbo, ó todo ha llegado á existir por Él, todo, incluso la materia. El punto de partida del llegar á ser, ó *devenir* de la ma-

teria, no puede ser otro que la nada, y su término la existencia. ¿No es esto expresar el dogma de la creacion tan formalmente como si el Evangelista hubiera empleado la palabra *criar*?

La fórmula citada: y *el Verbo se hizo carne*, bastaria para descartar toda sospecha de dualismo; y por cierto, es una de las diferencias esenciales entre el Verbo de San Juan y el del hebreo Philon, de quien ignorantemente han dicho no pocos que tomó el Evangelista la idea y la palabra. Si la materia fuera para el autor del cuarto Evangelio esencialmente mala, ¿cómo el Verbo, la luz increada, podia entrar en una union tan íntima con las tinieblas, y hacerlas servir de instrumento de nuestra redencion? Segun Reville, el Verbo habria hecho de un cuerpo humano su tienda, su habitacion temporal, á juzgar por las palabras del cuarto Evangelio: « y *habitó* entre nosotros. » San Juan no dice que el Verbo habitó en la carne, sino que se hizo carne, y hecho carne habitó entre nosotros, lo cual es muy diferente.

Tambien considera como infecta de dualismo la oposicion entre los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas. Para ello tenia que probar que semejante oposicion, tal como la concibe San Juan, es el antagonismo eterno, necesario y por tanto irreconciliable de los dos principios, como lo entendian los dualistas y despues los maniqueos. Segun el dualismo, el mal es indestructible; segun San Juan, quedará su imperio destruido, porque Jesús ha vencido al mundo (xvi, 33) y al príncipe de este mundo (xii, 31). Segun el dualismo, el pecado procede del principio malo, como su desenvolvimiento físico y necesario; segun San Juan, la causa del pecado, como el pecado mismo, es de naturaleza moral, es la libre transgresion de la ley (1 Joh. iii, 4). Las tinieblas no forman una region eterna, tan necesaria como Dios, sino que deben su origen al abuso de la libertad, que se constituyó en lucha con la ley soberana y anterior, la ley del bien que procede del mismo Dios. Por lo demás, no entra San Juan en explicaciones acerca del modo como se introdujo el pecado en el mundo. Llama al diablo homicida desde el principio (viii, 44), lo cual no significa otra cosa sino que el diablo precipitó al hombre en el pecado desde

el principio, y atrajo sobre él y sobre toda su posteridad el castigo debido á su desobediencia, la muerte.

El diablo mismo, á quien llama San Juan príncipe de este mundo y padre de la mentira, no fué siempre lo mismo. Originariamente todo era luz, y si Satan es el príncipe de las tinieblas, es porque se hizo tal, *no permaneciendo en la verdad* (Ib.). Cayó, arrastrando en su caída á los que le imitaron en su rebeldía, seducidos por sus sugerencias. Así es cómo invadieron el mundo las tinieblas, no las tinieblas eternas de los gnósticos, sino la noche moral, fruto de la triple concupiscencia á que el mundo se entregó voluntariamente.

El autor del cuarto Evangelio, lo mismo que San Pablo, coloca el fundamento de nuestra salvacion en Jesucristo, víctima de propiciacion por los pecados del mundo. El Hijo de Dios ha salvado á los hombres por la efusion de su sangre; la fe en Él es condicion indispensable para la justificacion (Joh. iv, 42). « Él sacrificó su vida por nosotros » (1 Joh. iii, 16); su sangre nos purifica de todo pecado (Ib. 1, 7). Ya está dicho cómo esta sustitucion de la sangre de Jesucristo en lugar de la de la humanidad pecadora, y la satisfaccion condigna que Dios recibe en ella, suponen mérito infinito en la víctima voluntaria, y por consiguiente, dignidad propiamente divina.

§ 3.º

Pasemos al Apocalipsis, último libro que nos falta examinar, y que para la escuela racionalista es cosa corriente que fué escrito ántes del año 70, es decir, lo ménos veinticinco ó más años ántes que el cuarto Evangelio, segun la diversa fecha que á este libro dan los distintos autores. Para M. Reville se determina *à priori* su anterioridad al Evangelio, sólo con ver que la apoteosis de Jesús no alcanza en aquél tal grado de desenvolvimiento como en éste. Es un aserto que vamos á ver muy luégo. Para nosotros el Apocalipsis es posterior al cuarto Evangelio de diez á quince años; pero no es ahora la ocasion de discutir este punto, que por otra parte no interesa grandemente: sólo sí nos conviene afirmar una vez más que

el destierro de San Juan á Patmos, donde tuvo la vision, se verificó casi con certeza en tiempo de Domiciano, ya que la persecucion de Neron fué sólo local en Roma, desde donde no es probable que desterrara Neron á San Juan á la distante isla de Patmos; mas en tiempo de Domiciano San Juan estaba en el Oriente, probablemente en Efeso, y de allí fué relegado á la no muy distante mencionada isla por alguna autoridad de provincia. La época que fijamos á la composicion del Apocalipsis está fundada, no sólo en un claro testimonio de San Ireneo, á quien llegaba todavía reciente la tradicion; sino en la persecucion universal á que se alude en el cap XIII, 7-8, y que no existió ántes de Domiciano; y en que dos de las siete iglesias á que el libro va enderezado, y que aparecen ya de alguna antigüedad, no se mencionan en las Actas ni en las cartas de San Pablo, probablemente porque no estaban aun fundadas.

Sea de esto lo que quiera, hay en el Apocalipsis la misma doctrina que en el Evangelio de San Juan respecto á la divinidad de Jesucristo, y tal vez más claramente expresada. M. Reville dice: «Este libro, lleno de un ardiente simbolismo y extremando por costumbre sus descripciones y sus imágenes, refiere expresamente á Jesús glorificado los atributos divinos. Es, como Dios, el primero y el último, el alfa y omega, lleva sobre su frente un nombre nuevo, que no es otro que el nombre inefable de Jehovah, se llama la «palabra de Dios.» ; Mas no hay que engañarse! El autor del Apocalipsis entiende únicamente con eso que Jesús, victorioso del mundo y del pecado, posee todos esos títulos de una manera, por decirlo así, exterior, como si le hubieran sido otorgados en premio de su victoria. No por eso deja de ser un sér criado, aunque preeminente sobre toda la creacion. Las perfecciones divinas se le conceden así á partir de cierto momento, posterior á su muerte sobre la cruz. El nombre de Dios será escrito un dia en la frente de los elegidos. Su nombre de «palabra de Dios» significa sólo que es el revelador de la verdad y anunciador de los juicios divinos, no teniendo aún la significacion metafisica del *Verbo*, ó de la Palabra en sentido filoniano. En fin, el autor considera á Jesús como nacido de la nacion de Israel, la

mujer-madre del cap. xii, cuya cabeza está rodeada de doce estrellas (las doce tribus). Ha salido, pues, de las entrañas del pueblo judío, y es su honra, porque es fruto suyo, y nada sería más contrario á esta série de ideas que la suposición de un origen extraterrestre, exclusivo de toda generacion humana. El Apocalipsis fué escrito el año 68 de nuestra era.»

Hemos copiado todo lo que del Apocalipsis dice M. Reville tocante al asunto que nos ocupa, para que, vistos los datos que vamos á trascribir, pueda juzgarse de la imparcialidad con que discute el racionalismo bíblico moderno; y esto prescindiendo de que sus pruebas han sido por muchos siglos objeciones para los católicos, que naturalmente han dado sus respuestas y explicaciones, las cuales son para nuestros adversarios como si nada se hubiera dicho. Y despues de amontonar sus pruebas, de las cuales apénas hay una que no esté refutada ya en Petavio, en Thomassino, en Maran y en muchos otros teólogos, se quedan tan satisfechos, como compadeciendo la pobreza de inteligencia ó la ignorante buena fe de los católicos, que *ni sospechan siquiera lo que se sabe en el campo enemigo*, como dice M. Reville, refiriéndose á Mgr. Salinis, uno de los más doctos prelados que tenía hace poco la Francia, y por toda su vida dedicado á la filosofía y á la controversia racionalista.

¡Cuánto atenúa M. Reville los pasajes del Apocalipsis en que expresa ó implícitamente se reconoce la divinidad de Jesucristo! Citemos algunos. «Yo soy α y ω , principio y fin, dice *el Señor Dios*, el que es, el que era y el que vendrá, el omnipotente» (Apoc. i, 8). Que aquí se trata de Jesucristo, lo prueba la palabra *que vendrá*, que nunca se refiere á Dios Padre, sino á Jesucristo y su *Apocalipsis*, esto es, su revelacion y manifestacion visible, cuando venga á juzgar al mundo, y aún así lo exige el v. 7. Esto no ofrece la menor duda; y sin embargo, se le llama el *Señor Dios*, y el *omnipotente*, y se expresa su eternidad con la fórmula *que es*, y *que era*, es decir, se le da el nombre de Dios y se le reconocen atributos incommunicables de la divinidad. En el mismo cap. vers. 17-18 se dice: «Yo soy el primero y el último, y el viviente (así el griego) y fuí muerto, y hé ahí que vivo por los siglos de los

siglos, y tengo las llaves de la muerte y del infierno.» Aquí vuelve á aplicarse Jesús el atributo de principio y fin de todo, que sólo corresponde á Dios, y se le reconoce la suprema potestad sobre la muerte y el infierno.

En el cap. II, 18, se llama á Jesucristo « el Hijo de Dios, » y en el v. 23 se dice de Él lo mismo que canta de Dios el Salmista, esto es, « que escudriña los corazones y los riñones, » como en el cap. III, 23, dice lo que en los Proverbios dice Jehovah: « A los que amo, los arguyo y castigo. » Los cuatro animales que rodean el trono de Dios claman sin cesar: « Santo, santo, santo el Señor Dios omnipotente, el que era y es, y vendrá » (IV, 8), de cuyo texto decimos lo mismo que dijimos arriba, esto es, que sin duda ninguna se refiere á Jesucristo, no á Dios Padre. Y en el v. 11 dicen los ancianos: « Digno eres, Señor y Dios nuestro, de recibir gloria, honor y virtud, porque Tú lo criaste todo, y por tu voluntad era y fué criado. » Palabras que se pueden comparar con las del cap. V, v. 12: « Digno es el Cordero que fué muerto, de recibir virtud, y divinidad, y sabiduría, y fortaleza, y honor, y gloria y bendición. » En ambos pasajes se trata de reconocer y confesar lo que hay y se debe á la persona á quien se dirigen estas alabanzas; no de una mera atribucion extrínseca, que ni cabe en esta materia, ni hay el más leve motivo para afirmarlo así. Hablando de los dos testigos del Antiguo Testamento que vendrán y serán vencidos y muertos por la bestia, dice que se verán sus cadáveres por tres dias en las plazas de la ciudad... en que fué crucificado *su Señor*; y Elías, que es uno de esos testigos, y Henoch, que probablemente es el otro, no tienen más Señor que á Dios. Así es que en el v. 17 se lee: « Llegó el reino de este mundo de nuestro Señor y de su Cristo, y reinará por los siglos de los siglos. » El reino futuro será, pues, del Señor y de su Cristo; como tambien se los iguala en el cap. XIV, al decir que los que no se mancharon con mujeres... « son comprados de entre los hombres, primicias para Dios y el Cordero. » Él es, como Dios, « Rey de reyes y Señor de los señores » (XVII, 14), y como Dios alumbrá la ciudad celestial: « Y no ví templo en ella, porque el Señor Dios omnipotente es su templo; y el Cordero;... ni tiene necesidad de sol... porque la

claridad de Dios la iluminará, y su faro es el Cordero» (xxi, 22-23); en cuyo pasaje se ve el paralelismo sinónimo propio de la poesía hebrea, según el cual lo mismo significa uno que otro hemistiquio de cada verso, y por tanto se vuelve á identificar á Dios con el Cordero. Parécenos que los pasajes citados declaran con más energía la divinidad de Jesucristo de lo que supone M. Reville. Y no los citamos todos, ni insistimos en sacar de ellos todo el partido que pudiera sacarse en favor de nuestra causa. Las indicaciones de M. Reville para atenuar el valor de lo poco que alegó, que pudiera contrariarle, están respondidas con las consideraciones hechas para textos análogos de los Evangelios y de San Pablo, y sería pesado insistir en ellas. La última indicación, esto es, que el Apocalipsis reconoce á Jesús como descendiente y nacido del pueblo hebreo, en nada se opone á la divinidad del mismo Jesús, salvo si diéramos por cosa corriente y demostrada la imposibilidad de la Encarnación. En este caso estamos disputando en vano: la cuestión debería presentarse en otro terreno.

Pero los racionalistas deben convenir en que eso que á ellos les parece imposible, no lo creían así las naciones antiguas todas, ó casi todas, y seguramenté la hebrea, como hemos procurado demostrar, ni mucho ménos las naciones cristianas. En cuanto á los discípulos de Jesús (para quien lo sobrenatural era lo más natural, dice Renan, y en cierto sentido con verdad), y en cuanto á los autores del Nuevo Testamento, hay que admitir forzosamente una de estas dos cosas: ó que creían en la posibilidad y en la realidad de la Encarnación, y en este caso se comprenden y se concilian perfectamente los textos en que igualan á Jesús con Dios, y aquellos en que le atribuyen las condiciones humanas y la correspondiente inferioridad, porque todo esto es consecuencia necesaria de hacerse Dios hombre; ó que no la creían ó no tenían idea de ella, y en este caso hay que atribuir á hombres educados en el más puro monoteísmo de las Escrituras hebreas, que no consienten que se dé á otro la gloria de Dios, que le declaran inmutable y simplicísimo y necesario, no tuvieron inconveniente en admitir grados en la divinidad, y en que ésta se divide por emanaciones sucesivas, dándose un Dios grande y otro chico, con todos

los absurdos que envuelve el sistema panteísta-emanacionista, completa y absolutamente contrario á las doctrinas bíblicas. Y en todos estos absurdos hubieran incurrido los fundadores del Cristianismo, de la religion absoluta y del hecho más grande de la historia. El que pueda digerir esta paradoja, allá se avenga; nosotros, aunque no fuéramos creyentes y católicos, sino que sólo consideráramos este punto de la historia del dogma de la divinidad de Jesucristo, con el fin de explicarla lo más fácil y naturalmente que se pueda, admitiriamos el primer partido, por otra parte demostrado, esto es, que Jesús y los Apóstoles y los autores todos del Nuevo Testamento creían en la Encarnacion, y admitían por lo tanto todas sus consecuencias.

FRANCISCO CAMINERO.

PREDICCIONES RACIONALISTAS CONTRA EL CATOLICISMO.

No es ya un enigma para quien observe los medios á que acude la propaganda racionalista novísima, el porqué de esa repetida y acompasada prediccion de muchos: « el catolicismo ha muerto. » Cayeron en ciego desamor á la obra divina, y en su ceguera sueñan con lo que desean, y hablan de lo que sueñan.

La lucha del siglo está desde el anterior entablada. El libre pensamiento, que tanto vale como autonomía, rebeldía, racionalismo en su significacion íntima y verdadera, rechaza la sumision á un ordenamiento divino, que, una vez conocido por la crítica aplicacion de la razon misma, es ley de nuestra conciencia, guía de nuestra vida, y preservativo, así contra el delirio y los impulsos de las pasiones, como contra las tinieblas y extravíos del flaco entendimiento. El catolicismo, proclamando á toda hora y en todos los países, con poderoso acento,

que habla al alma y á los sentidos, al hombre y á las sociedades, la eterna enseñanza de la verdadera religion, nos pone de manifiesto la inmensa majestad del ordenamiento divino, guárdale bajo el sagrado manto de la Iglesia, le recuerda á hombres y naciones con voz severa en los momentos de la soberbia y la caída, y le recomienda perennemente al espíritu de sus hijos, para evitar la vacilacion y la flaqueza. Hé ahí porqué miranle como declarado y mortal enemigo los libres pensadores, que en suma vienen á ser cuantos pregonan á la razon humana independiente de la razon divina. Y ya se sabe con qué llaneza se intenta divulgar en las humanas luchas aquello que pueda amenguar en el concepto de los demás el valor de la causa contraria.

Pero sobrevienen los hechos; habla la historia; y los sueños del ciego deseo de ánimos; caidos en el error y el apasionamiento, encuéntranse de tal manera burlados, cual puede verse en lo que atañe al tiempo del pontificado, ilustre y azaroso á la vez, de Pio IX.

Hagamos mencion muy sucinta de los principales hechos de sus gloriosos anales:

1846. — Pio IX es elegido Papa el 46 de Junio. Proclama un jubileo el 20 de Noviembre.

1847. — Durante todo este año el mundo entero alaba al nuevo Papa. Restablece el patriarcado de Constantinopla el 23 de Julio.

1848. — Pio IX rehusa declarar la guerra á Austria. Sale para el destierro el 22 de Noviembre.

1849. — Pio IX vive refugiado en Gaeta. Resuelve proclamar el dogma de la Inmaculada Concepcion.

1850. — Pio IX regresa á Roma, gracias á las potencias católicas.

1851. — Pio IX firma el concordato con España el 3 de Setiembre. Proclama un jubileo el 21 de Noviembre.

1852. — Pio IX dirige Breves admirables á los obispos españoles, franceses é irlandeses. Canoniza á Pablo de la Cruz.

1853. — Pio IX restablece en Holanda la jerarquia episcopal, y reemplamenta los seminarios romanos.

1854. — Pio IX proclama dogma la Concepcion el 8 de Diciembre.

1855. — Pio IX se muestra afligido de las rencillas que destrazan la Italia del Norte. Firma un concordato con Austria el 20 de Julio.

1856. — Pio IX se entristece al ver los disturbios que afligen á España,

Francia, Italia, Méjico y América del Sur. Hace europea la festividad del Sagrado Corazon de Jesús.

1857.— Pío IX recorre sus Estados en medio del mayor entusiasmo.

1858.— Pío IX dirige sábias amonestaciones al episcopado católico. Prevé la revolucion italiana.

1859.— Pío IX se dirige al Czar en favor de los polacos.

1860.— Pío IX excomulga á los invasores de los Estados de la Iglesia.

1861.— Pío IX pronuncia una notable alocucion sobre los crímenes del reino de Italia el 30 de Setiembre.

1862.— Los mártires del Japon son canonizados el 6 de Junio. Pío IX prevé las heregías que se apoderarán de Alemania.

1863.— Pío IX defiende la Polonia contra el Czar. Celebra el trecentésimo aniversario del concilio de Trento.

1864.— Pío IX censura la tiranía del Czar contra los polacos. Promulga el 2 de Diciembre la encíclica *Quanta cura* y el *Syllabus* de los errores condenados durante su pontificado.

1865.— Pío IX condena y excomulga la fracmasonería el 25 de Setiembre.

1866.— La revolucion se alía al protestantismo contra el catolicismo. Pío IX resiste con admirable teson. Establece en el colegio de los Jesuitas una seccion de escritores encargados de defender el catolicismo.

1867.— Todos los obispos del mundo se reunen en Roma para celebrar el centenario de San Pedro. Pío IX anuncia el Concilio ecuménico.

1868.— Pío IX convoca el Concilio para el 8 de Diciembre del año siguiente.

1869.— Los patriarcas, arzobispos y obispos se reunen en el Vaticano el 8 de Diciembre.

1870.— Pío IX promulga la infalibilidad papal en materia dogmática el 24 de Abril. Los italianos invaden á Roma el 20 de Setiembre.

1871.— El gobierno italiano ofrece ciertas garantías al papado.

1872.— El gobierno italiano decreta la supresion de los conventos y embarga sus bienes. Pío IX protesta enérgicamente contra tamaña iniquidad.

1873.— La Iglesia católica se ve perseguida por los gobiernos de Prusia, Rusia, Italia, Suiza y los de las repúblicas americanas.

1874.— Austria se coaliga á los perseguidores de la Iglesia. Pío IX convoca un consistorio el 24 de Diciembre, exhortando á los fieles á hacer penitencia.

1875.— Pío IX proclama la apertura de un gran jubileo.

1876.— Pío IX apoya la propaganda de los principios católicos en todo el globo.

1877.— Pío IX celebra el 24 de Mayo el quincuagésimo aniversario de su episcopado. Proclama doctor de la Iglesia á San Francisco de Sales el 16 de Noviembre.

1878.— Pío IX celebra el septuagésimo quinto aniversario de su primera comunión el 2 de Febrero, y devuelve su grande alma al Creador á las cinco ménos tres minutos de la tarde del 7 de Febrero.

—Durante sus 32 años de papado, Pío IX ha erigido ó creado 29 metrópolis, 118 obispados, dos abadías, 29 vicariatos apostólicos, 14 prefecturas apostólicas y tres delegaciones de la Santa Sede.

Tales hechos indican una vitalidad poderosa, y dejan en bien triste lugar las predicciones de aquéllos, que dicen tan de ligero y en hueco tono enfático, «el Catolicismo está muriendo; ha muerto.» Si á aquellos se agregan las conversiones á la fe católica, que cada día repítense en Inglaterra y en la América septentrional, y esa como nueva orientacion que va tomando el sensato espíritu británico hácia la causa de la justicia, representada en el pontificado, con motivo de las persecuciones, agresiones y despojos sufridos por la Iglesia; y la unidad en la fe, que brilla como nunca, muertos en verdad el galicanismo y el regalismo antiguos, ante la unidad vigorosa del sentimiento de adhesion al centro del pontificado, se verá claramente qué es lo que significan las predicciones racionalistas. Significan lo que pasa en el corazon soberbio, descreido ó sensualista de los que las hacen, y tal vez en algunas clases, que hoy predominan por su audacia en pueblos viejos, gastados y sometidos á rudas pruebas; pero no ciertamente lo que pasa en el mundo, si á ello se atiende con serena consideracion.

La época es crítica, es verdad; más de una vez lo hemos aseverado. Pero en tan recia lucha el Catolicismo vive, alienta, protege y defiende á la humanidad, de nuevo empujada á los abismos por errores humanos, encarnados en este como en otros siglos al calor de las pasiones, que se desencadenan al faltarles el freno de la divina religion: y no sólo alienta y vive, sino que triunfa muchas veces con triunfos morales de inmensa magnitud, cuales fueron aquellos que orlan de sagrados laureles la vida heroica y santa del inmortal Pío IX. Y para que más se vea la virtud de lo alto del catolicismo, tan desco-

nocida por sus enemigos pertinaces y ofuscados, anúnciase por ellos que á la muerte de Pío IX se hundirá, ó poco ménos, todo el edificio de la Iglesia; y á la muerte de Pío IX lo que acontece es, que Europa entera, con cismáticos y protestantes y todo, cae de rodillas ante su tumba; y en medio del universal silencio, signo del respeto y admiracion, elévase la voz augusta de un conclave casi excepcional en la historia por su brevedad, en el cual sesenta y un príncipes de la Iglesia, muchos ancianos y varios enfermos, venidos en alas de la fe y del deber, hincanse de hinojos, miran al Cielo, y claman: «¡el papa Pío IX ha muerto! ¡viva el papa Leon XIII!...» Y la nueva, inesperada todavía, corre con asombro de todos á los cuatro vientos por los misteriosos hilos eléctricos; y el orbe católico á una voz repite en coro en todas las lenguas y en todos los climas:

—¡El papa Pío IX ha muerto! ¡viva el papa Leon XIII!—

CÁRLOS MARÍA PERIER.

SECCION HISTÓRICA.

EPISODIOS. (4)

I.

El 18 de Abril de 1801 se abrieron las puertas de la Cartuja de Jesús Nazareno, situada en el Valle de Valdemuza, á tres leguas de la capital de Mallorca, para recibir á un reo de Estado.

El jefe de la escolta entregó unos pliegos al prior, quien, leídos, acogió al preso con benévola sonrisa y señalóle celda en que habitase.

Retiróse á descansar el forzado huésped, quebrantadas sus fuerzas físicas y morales por un camino de 200 leguas, de cárcel en cárcel, en rigurosa incomunicacion. La pérdida del favor real, el desvanecimiento de sus altivas y generosas esperanzas, la ausencia del país, la separacion de la familia, labraban hondamente en su ánimo. Obs- tinóse en no salir de su celda y en esquivar todo trato, enfermándose á poco gravemente.

Reúnense los monjes, y discurriendo sobre las causas del mal, indican si, además de las morales, habia influido lo flojo de los alimentos que la regla prescribía á la comunidad, y á los que no estaba acostumbrado el preso.

No le pareció al médico descaminada esta sospecha, y con su parecer, eleva el prior una súplica al Sumo Pontífice para que relaje la austeridad del estatuto en favor del enfermo. Recibe favorable respuesta, y con los monjes entra en la celda é insintíanle alegres y con encarecido misterio, que tienen que darle una buena noticia. Impídenle algunos la vista agrupándose alrededor del lecho, mién- tras otros, ocultos trás ellos, se afanan en cubrir la mesa con deli-

(4) Vió la luz también en los papeles diarios de Madrid de Enero de 1878.

cados manjares. Los mira el enfermo sorprendido, interrogándoles con la vista, y entónces, separándose del lecho, le enseñan la sabrosa comida que le habían preparado, le leen el parecer médico que estimaba indispensable para su salud el uso de alimentos variados, y el Breve de Su Santidad permitiéndoselos todos.

«No, dijo el enfermo enternecido, no deleitosas viandas, sino consuelos es lo que necesitaba, y consuelo me habeis dado. Apenábame el recuerdo de mi patria, de mi familia, del amor tiernísimo de mi hermano, y aquí encuentro patria y familia. Guardad esos manjares para los pobres y sentadme á vuestra humilde mesa, que he cobrado apetito y fuerzas y quiero estar con vosotros.»

Desde aquel día el corazón del confinado se abrió al dulce afecto de los monjes, que se esforzaban en distraerlo, procurando evitarle, con su compañía, la soledad; con sus libros, el tedio; con su no interrumpida solicitud, memorias que le afligieran, del poder y del valimiento perdidos. También en sus ratos de descanso le acompañaban á herborizar por las montañas, enseñándole en breves lecciones de bótanica las clases, propiedades y virtudes de la abundante flora que tapiza el suelo de aquella isla feliz. A veces detenía sus pasos, y elevando al cielo sus ojos, exclamaba: «Destierro mio, ¡cuánto bien me has hecho! santa y bendita reclusion de la Cartuja de Jesús Nazareno, ¡yo te bendigo con toda mi alma!»

El 5 de Mayo de 1802 recibe el prior una orden del rey para que entregue al confinado. Rápida circula la noticia, acuden los monjes afligidos, confortale el prior con dulces y religiosas palabras, y tras tierno estrecho abrazo, abandona el hospitalario techo del monasterio de Valdemuza.

II.

A una media legua hácia el Oeste de la ciudad de Palma se alza el castillo de Bellver, ó *Castrum de pulchro viso*, que construyó, segun las más probables noticias, el maestre Pedro Salvá para palacio de los reyes de Mallorca, y quedó concluido por los años de 1310.

Un puente que estriba en dos altísimos arcos puntiagudos une con la explanada la puerta que mira al Norte; en el átrio se veía al sargento mayor de dragones, D. Francisco del Toro, con un fuerte destacamento que custodiaba un preso.

Prévias las formalidades de ordenanza, hizo entrega de él al gobernador, y éste al oficial de guardia.

Con arreglo á las órdenes recibidas, encerráronle en una habitacion, poniendo centinelas en la puerta y encima del muro frontero á la ventana, para que nadie le hablase ni se parara por aquellos alrededores.

Era la consigna: «que áun cuando necesitase el preso alguno de sus criados para su aseo ú otra urgencia conducente á su salud, habia de avisar al oficial de guardia para que á su presencia se ejecutase, celando que no se comunicara con él reservadamente, ni pudiese entregarle papel, tintero, lápiz ni pluma.»

Cierto dia estaba de guardia el capitán suizo D. Luis Kenel, y tratando de distraerlo le propuso pintar entre los dos el cuartito donde tenia la chimenea.

Aceptando la propuesta, Kenel pintó en el centro un paisaje bucólico con sus pastorcitos y sus rebaños; el preso dos cuadritos laterales, y en la sobrepuerta, el mismo castillo de Bellver con sus torreones «y una graciosa guarnicion inventada por su excelencia, que éste era el tratamiento que correspondia al improvisado pintor.»

Mas á poco los pastorcillos y los rebaños y el castillo y sus torreones y la graciosa guarnicion inventada por su excelencia carecian ya de atractivos para el que en su angustiosa cárcel suspiraba al recuerdo del cariñoso trato de los cartujos, contrapuesto á la rudeza ordenancista de los soldados.

Frustradas esperanzas de libertad, nuevos atropellos, recrudecimiento de los rigores en la prision aumentaron sus penas, y flaco el ánimo y extenuado el cuerpo, solicitó baños de mar, como indicada medicina.

Negáronselos, creció su dolencia, y hubo por fin de concedérsele el permiso, con expresa orden de que los jefes militares tomasen las más exquisitas precauciones para que no quebrantara su incomunicacion.

Pidió un confesor y no se atrevió el ministro á negárselo, con tal que el sacerdote jurase previamente que no tratarian ni hablarian más que de lo que fuese materia de la confesion. ¡Como si la ruina del Estado pendiese de que una palabra del penitente llegara á los piés del trono!

III.

La Real orden de 23 de Marzo de 1808, firmada por el ministro Caballero, su encarnizado enemigo y autor de todas sus desgracias, dió fin á tan riguroso cautiverio.

Al punto corre á la Cartuja, póstrase ante los conocidos altares y da gracias á Dios por verse libre y al prior y monjes por los beneficios que le habian hecho.

«No olvideis á los pobres monjes de Valdemuza,» le dicen al despedirse.

El antiguo huésped contéstales cariñoso: «Olvideme de mí, si os olvidare. Con vosotros viviria tranquilo; pero me llama la defensa de nuestro Dios, de nuestra patria, de nuestro rey, amenazados por extranjeros, y no he de rehuir el sacrificio.

Amigos míos, hermanos míos, padre mio, en mi corazon os llevo; acordáos vosotros en vuestras oraciones de vuestro amigo, de vuestro hermano, de vuestro hijo Gaspar Melchor de Jovellanos.»

LEON GALINDO Y DE VERA.

APUNTES PARA LA HISTORIA DE CARTAGENA (1).

(Núm. 54.—4 de Octubre de 1873.)

Á INGLATERRA Y PRUSIA.

PROTESTA HISTÓRICA.

I.

¡Cómo se llama esa fragata que apresá á las nuestras?

Se llama *Federico Cárlos*.

Y ¡quién es *Federico Cárlos*?

Es la Prusia.

Y ¡quién es la Prusia?

¡Ah! la Prusia es un pueblo, la nacion que siembra de bárbaros torpedos las aguas del Báltico en la guerra franco-prusiana; es la

(1) Véanse los números anteriores.

que defiende su territorio con piras eléctricas, no usadas ni vistas en ninguna guerra del mundo; es la que ha quemado tantas poblaciones indefensas y tantas criaturas inocentes; es la que ha inventado los fusiles de aguja y los instrumentos para la metralla; es la que ha ganado más fama por sus máquinas de exterminio, por sus aparatos de muerte que por sus empresas y por sus virtudes en favor de la vida; es esa Prusia que deja caer sobre París sustancias fosfóricas, exhalaciones incendiarias, torrentes de desolacion, nubes de fuego sobre el panteon de Santa Genoveva; es esa Prusia que siembra á la Francia de ulanos, como la Germania de los primeros siglos de nuestra era inundó de bárbaros el Occidente, entre las ruinas colosales del imperio latino; es esa Prusia que se acuerda de la inundacion de los vándalos, de los hunos y de los godos; es esa Prusia que nos ha traído á la memoria horrorizada los nombres de Atila, de Odoacro, de Barba-Roja y de Ataulfo; es esa Prusia que trae consigo; formando el séquito de sus magnates, una falange de caballeros de la Cruz roja, porque era necesario edificar al mundo con la caridad que asesina á los vivos y entierra á los muertos; es esa Prusia que trae la cruz para poder matar cristianamente, bajo la advocacion del terrible Dios de los ejércitos; es esa Prusia que lleva cautivo al Mesias entre cañones y ametralladoras: es el hereje que se viste de santo; es el nuevo sayon del Cristianismo, el nuevo republicano del Evangelio, el salvaje antiguo de la moderna civilizacion; es esa Prusia que recompensa la perfidia, el expionaje, la venta, la infamia, miéntras que fusila el honor y la lealtad; esa Prusia que viene á profanar sin remordimiento el templo de Versalles, el templo de un arte sublime, de sublime poesia, el templo de Horacio Vernet; esa Prusia indolente que arroja al Norte sobre el Mediodía; y que no se affige, que no se espanta cuando al pasar el Rhin pisa el polvo del Dante, huella la ceniza del autor del *Quijote*, esas dos sombras que valen más que toda la historia de Alemania.

Con la fragata *Federico Carlos* iba otro buque.

¿Qué buque es ese?

Es la Inglaterra.

Y ¿quién es la Inglaterra?

¡Ah! la Inglaterra es el pueblo que, anatematizando el antiguo derecho de los conquistadores, ata al carro de su conquista á una tercera parte del género humano que pisa el globo, desde el monte Calpe hasta Rombay y hasta el Yucatan; desde el Yucatan hasta la Australia; es esa raza escita, fria como el Norte, dura como el hierro, cuidadosa como el avaro, incansable como el mercader que

se pasea en triunfo desde las columnas de Hércules hasta el último límite de la Oceanía, confin de la tierra; es esa raza indescriptible que con sus empresas y sus aventuras auxiliadas por el oro y por la traición usurpa Gibraltar á España; la Isla de Malta á Italia; las islas Helgolandas al imperio Aleman; las Islas Jónicas á Grecia; la ciudad Aden á la Arabia, enseñorearse del golfo Pérsico, como usurpa á la India la ciudad de Calcuta, para hacerse dueña de la llave de Asia; es esa Inglaterra que guerrea en la China con el único fin de enriquecerse comerciando con un veneno; es esa Inglaterra que disuelve al imperio chino con la infame venta del opio, ese opio que degrada al hombre, que lo arranca de los brazos de la mujer, que lo hace insensible al sagrado amor de la familia, mientras que la madre abandonada arroja sus hijos al rio, cuyas márgenes aparecen cubiertas de pequeños cadáveres, cadáveres de criaturas inocentes; es la Inglaterra que bombardea en Tánger, que mata en Abisinia, que caza á los hombres en el Cabul, como si fueran tigres; es esa Inglaterra que se democratiza en sus productos para apoderarse del dinero del pobre, fundando despues con el dinero de la pobreza la aristocracia de los ricos; es esa Inglaterra, manto de púrpura fabricado con los girones de los plebeyos; es esa Inglaterra, magnate que viene de un mendigo: es esa Inglaterra que será algun día un mendigo vestido de magnate; es la Inglaterra un peñon animado por una fuerza incomprensible que corre el Océano, que avasalla la tempestad, que atraviesa los Andes y el Himalaya, que imprime en el aire figuras misteriosas, círculos cabalísticos, dejando en todas partes huellas de sangre y de ponzoña, entre horrores que parecen virtudes ó entre virtudes que parecen horrores; es la Inglaterra un gigante anfibio que civiliza el mundo, que funda magnificas ciudades, que todo lo trasforma con las maravillas de la ciencia, de la constancia y del trabajo, para que ese trabajo, esa ciencia y esa ciencia tengan párias en todo el orbe: es la Inglaterra un espíritu material, un corazon de oro que instruye al bárbaro, para explotar al salvaje de ayer; que explota al salvaje de ayer, para esclavizar al civilizado de hoy; que esclaviza al civilizado de hoy, para tener sujeto al sabio de mañana: es la Inglaterra el pirata grande que persigue al pirata pequeño, queriendo usurpar á la conciencia y á la historia la noble fama de pueblo justo: es la Inglaterra la nacion que nos habla como deben hablar los cristianos, para obrar despues como obran siempre los gentiles: es la Inglaterra una lengua que habla en el universo de Dios y del hombre para hacer negocio con el hombre y con Dios: es la Inglaterra el

bohemio de toda industria, el judío de todo comercio, el feniano de la política, el fariseo de la protesta; es la Inglaterra el blanco negro blanco; es la Inglaterra un nuevo Dantín, de quien no se supo si fué Dios ó Demonio: es la Inglaterra el pueblo de la Biblia que persigue las naves de un pueblo cristiano, mientras que consiente impasible que las cenizas de Jesucristo estén en poder de los turcos.

Y esa Inglaterra y esa Prusia que ven silenciosas la expulsión de Francisco II en Nápoles, el destierro de Othon III en Grecia, la caída de Isabel II en España y el asesinato alevoso de un príncipe de los Estados Danubianos: esa Inglaterra y esa Prusia que bajan la cabeza ante el bombardeo de la Ciudad eterna bajo la república de Napoleon: esa Inglaterra y esa Prusia que sonreían oyendo los gemidos de la república de Mazzini, entre las bombas que amenazaban la Basílica de San Pedro, aquel portento de la religion y del arte: esa Inglaterra y esa Prusia que no se escandalizan al leer el mensaje que un papa envía á un general, un papa que acude al telégrafo, anatematizado por su antecesor Gregorio XVI, un papa Pio que se vale del endemoniado del papa Gregorio: un papa Pio que, desde Gaeta congratula á un general francés por el exterminio de la ciudad del primer Apóstol: esa Inglaterra y esa Prusia que no se estremecen ante el asesinato de los cristianos en Siria; que no pronuncian una sola palabra ante la inhumana intervención de Méjico que termina con el sacrificio de Maximiliano: esa Inglaterra y esa Prusia que se cruzan de brazos ante el incendio de ciudades, de hombres, de mujeres y niños en la mártir Polonia, bajo el azote de la bárbara Rusia: esa Inglaterra y esa Prusia que no sienten remordimiento, que no sienten horror, que no tiemblan, que no palidecen, que no gimen, ante esos crueles festines del ogro del Norte, mucho más crueles que el festin de Anteo en la mitología griega: esa Inglaterra y esa Prusia que ven, sin turbarse el comunismo de los mormones y el odio profundo de los peninsulares y americanos en la Isla de Cuba; aquel odio que arranca las carnes y las uñas de los prisioneros con tenazas candentes; esa Inglaterra y esa Prusia que no han encontrado un suspiro en su corazón contra el Santo oficio que devora á España; esa Inglaterra y esa Prusia que ven indiferentes las atrocidades del despotismo: ese despotismo sin entrañas que quema ciudades, que secuestra familias, que viola á mujeres, que fusila á una madre; que arranca los ojos á un hombre vivo, como el fanatismo de otra época se los arrancó al pobre árabe Ben-Al-Banzar, conocido en la historia con el nombre de Juan

Boherave, por la invencion del primer reloj mecánico que apareció en la catedral de Strasburgo á principios del siglo xiv: esa Prusia, esa Inglaterra, reos tantas veces de enormes crímenes, cómplices de horribles maldades, acuden presurosos á las aguas de Cartagena, como si se tratara de vender la humanidad al moro.

II.

La Prusia se espanta de la República federal: la Prusia se espanta del Canton murciano.

¿Cómo no se espanta de que un Federico llamase á un hereje el rey Voltaire?

¿Cómo no se espanta de haber alimentado la Enciclopedia, ese incendio del siglo xviii, esa piratería de la ciencia, de la religion del derecho y de la moral, segun la llamaban los pontificales del siglo pasado?

¿Cómo no se espanta de la revolucion del siglo xvi que costó á la Europa un mar de sangre?

¿Cómo no se espanta de la formidable contienda entre güelfos y gibelinos, con que esa misma Prusia desgarró la conciencia de la humanidad de aquel tiempo?

¿Cómo no se espanta de haber descompuesto las tradiciones del Cristianismo?

¿Cómo no se espanta de haber dado muerte al pontificado, potestad de las potestades, rey de los reyes de la tierra?

¿Cómo no se espanta de haber contribuido á la separacion de la iglesia griega y latina?

¿Cómo no se espanta de haber preparado el cisma de Rusia?

¿Cómo no se espanta de ser el pueblo de la protesta?

La Prusia se asusta de nosotros.

¿Cómo no se asusta de haber matado la libertad de las ciudades anseáticas?

¿Cómo no se asusta de haber tenido parte en el botin del antiguo reino polaco?

¿Cómo no se asusta de haber disputado á la Rusia el sangriento ducado de Posen?

La Prusia se espanta.

¿Cómo no se espanta de sí misma cuando tanto tiene de que espantarse?

Si lo ha olvidado el Sr. Comodoro prusiano, que lo recuerde.

Si no lo sabe, que lo aprenda.

El señor Comodoro debe conocer que es muy doloroso el que un ignorante oprima á un pueblo desgraciado.

El señor Comodoro debe conocer que es muy terrible el que un salvaje de la Europa, un bárbaro culto y poderoso, cometa tales crímenes contra la historia de su mismo país.

La Inglaterra se asombra tambien de nuestro canton.

¿Por qué no se asombra de su atrevida Magna Carta?

¿Por qué no se asombra de sus altaneras Provisiones de Oxford?

¿Por qué no se asombra de su *habeas corpus*?

¿Por qué no se asombra de su famoso parlamento largo?

¿Por qué no se asombra de su Cámara de los Comunes, dechado de las Asambleas democráticas de todo el universo?

¿Por qué no se asombra de haber matado el absolutismo?

¿Por qué no se asombra de haber matado el principio de la monarquía?

Ella nos lo enseña: ¿por qué no se asombra de su propia enseñanza?

Ella lo hizo: ¿por qué se asombra de sus hechos?

Ella lo escribió: ¿por qué se asombra de sus escrituras?

¿Cómo se asusta del Canton murciano la que hundió los antiguos tronos?

¿Cómo se asusta de la democracia la que nos ha señalado á ser demócratas?

¡Inglaterra, tú que te contradices hoy, ya pagarás mañana tus contradicciones!

¡Inglaterra, tú que nos rodeas por todas partes, tú que nos persigues, tú que nos ahogas, tú pagarás la pena de ser arbitraria!

¡Sí! Tú pagarás el enorme delito de martirizar á un pueblo glorioso: tambien lo pagó el antiguo Oriente: tambien lo pagó Grecia: tambien lo pagó Roma.

¡Ya lo pagarás tú, pueblo de fenicios!

¡Ya lo pagarás tú, raza de mercaderes ambulantes!

III.

Nos apresaron nuestras fragatas y es verdad; pero sepa Prusia, sepa la gran Bretaña, que puede pecarse contra un pueblo débil, contra una nacion desgraciada, contra una generacion ofendida; pero no se puede pecar impunemente contra los clamores de la conciencia, contra el espíritu de la historia, contra los designios del tiempo, contra las resoluciones de Dios.

Nos apresaron nuestras fragatas, es verdad; nos usurparon nuestras naves, es cierto: en presencia nuestra, en medio del día, ante nuestros ojos, desafiando nuestros castillos y nuestros baluartes; nos arrebataron la *Almansa* y la *Vitoria*; ¡esto ha pasado; pero sepa el Gran Reino-Unido, sepa la Prusia que no se peca impunemente contra los eternos arcanos de las armonías universales.

Sepa la Prusia, sepa la Inglaterra, que ni sus fuertes ni sus ejércitos, ni sus naves, ni sus tesoros, ni su orgullo, ni su altanería, ni su crueldad, ni su despotismo, pueden comprar ni el polvo de los montes de Cartagena.

¡Prusia, Inglaterra!

Si el despotismo de los Borbones viene á perdernos, sobre vosotros cae.

Si el Santo oficio viene á quemarnos, sobre vosotros cae.

Toda la sangre que se vierta, todas las lágrimas que broten, todos los desastres que nos aniquilen, sobre vosotros cae.

Prusia, Inglaterra, naciones soberbias, naciones injustas, naciones tiranas, no sonriais, que el mundo no ha terminado todavía, ni la moral ha sido desterrada del universo.

Ya llegará un día, ya vendrá una hora en que sufrireis el azote de vuestro crimen, la desgracia de vuestro pecado.

Y cuando os veais atribuladas bajo la sombra de vuestro infortunio, todos los pueblos exclamarán: «Esa catástrofe es el castigo de la *Vitoria* y la *Almansa*, es el ruego de los ofendidos, es la venganza de los débiles, es la intercesión de las víctimas, es la maldición de los esclavos.»—*Roque Barcia*. —Cartagena 3 de Octubre de 1873.

Los sitiadores intentan estrechar el cerco. Fueron varias las pequeñas avanzadas que recorrieron anteayer los pueblos vecinos para cortar nuestras comunicaciones.

Se ha visto con disgusto por las gentes, que prostitutas arrojadas de la plaza por la autoridad, han vuelto á las pocas horas: ignoramos por qué influencias.

Un amigo nuestro nos ruega hagamos pública una observación suya.

¿No produciria ventajosas dificultades al ejército enemigo la formacion de guerrillas que recorrieran la extensa sierra que limita la estacion de la campiña de Cartagena?

Nos felicitamos de que la seccion de caballeria aumente cada dia y complete su buena orgonizacion, pero ¿tiene algun fundamento la creencia de algunas gentes que se empeñan en sostener que dentro de las murallas hay mucho mayor número de caballos de los que se ven salir al campo?

Las expediciones de nuestras tropas, siquiera no sean más que por frente á las murallas, son muy aplaudidas. El enemigo se apercibe de nuestra potencia, los soldados sacuden la inaccion á que los sujeta el servicio de retenes y las compañías se amaestran en la formacion de grandes masas. El deseo de todos es que se repitan con frecuencia.

(Núm. 53. — 5 de Octubre de 1873.)

LA VICTORIA Ó LA MUERTE.

Hablar de capitulacion es una insensatez; pretender que nos rindamos, un crimen.

Nada tenemos que decir á nuestros enemigos.

La grandeza de alma de nuestros soldados, y la incorruptibilidad y altísimo patriotismo de sus dignísimos jefes y oficiales, nos excusa entrar en otros detalles. Y lo que decimos de nuestros queridísimos camaradas en el orden militar, lo hacemos extensivo á nuestros sufridos y resignados compañeros en el orden civil.

La resistencia de Cartagena ha de ser tan acentuada y enérgica como miserable y ruin ha sido la conducta de sus menguados detractores.

Nuestra revolucion no es el grito de angustia, lanzado por la multitud desheredada desde el fondo de su horrible miseria; no es tampoco la indignacion que produce en toda alma honrada el criminal proceder de unos cuantos farsantes ó especuladores políticos; es,

simplemente, una protesta viva, elocuente é irrecusable, no ya precisamente á nombre de un principio político ó filosófico determinado, sino en nombre de la humanidad esclava, de la humanidad pros-crita.

Además, el esclavo, el pária, el desheredado, el desvalido, el explotado en una palabra, tiene derecho á que se le redima, aunque para ello sea preciso que pueblos como Valencia, como Cádiz, como Sevilla, como Granada, como Salamanca, como Castellon y como Cartagena, acepten una muerte tan gloriosa como terrible.

El 14 de Julio tiene de grande, de majestuoso y de imperecedero, en que su obra no pertenece exclusivamente á París ni á la Francia, sino á la humanidad toda.

Solo los pueblos serviles, solo los pueblos en quienes el sentimiento de la libertad es negativa, son los que únicamente se mueven á impulsos de pasiones innobles, ya que no alentados por la ignorancia que engendran en ellos el aliento impuro de las ficciones monárquicas y religiosas.

Cada pueblo tiene una mision tan sagrada como augusta que cumplir. Al nuestro le corresponde realizar la suya. El progreso es á veces inexorable. Inmortalidad significa tambien sacrificio. La gloria, bajo del punto de vista puramente político, no se alcanza sino con el martirio. De aqui nuestra resignacion heroica y nuestra potente y firmisima resolucion de vivir libres ó morir combatiendo.

El pueblo que se detiene en la senda de la civilizacion y del progreso abdico, el que reniega de ella, se suicida.

En cuanto á nosotros, no se nos oculta el sombrío y pavoroso porvenir que nos tienen reservado, de un lado los ciegos sectarios de una personalidad altamente odiosa y funesta á la localidad; y de otro la proverbial crueldad de los sitiadores.

Mas esto, léjos de abatir nuestro espíritu, léjos de intimidarnos, no hará más que prestarnos nuevos y más poderosos brios, para salvar si nos es posible de las sangrientas garras de los centralistas esta gloriosa herencia, en cuya participacion han entrado moralmente todos los pueblos de la tierra

La fe ciega, la fe estúpida, la credulidad inconsciente, no existe para nosotros. Las continuas y dolorosas lecciones que nos suministra la historia contemporánea de nuestra patria, nos ha hecho conocer á fondo el corazon del hombre, y sondear algo y atrevidamente por cierto sus misteriosas palpitaciones.

Ciertas palabras, ciertas filípicas, ciertos discursos al parecer elocuentísimos, arrebatadores y casi sublimes, despedazan horrible-

mente la conciencia de los pueblos, y dan no sabemos qué fatídica preponderancia en los destinos del mundo á la raza de los miserables.

Sin esa elocuencia sublime de que hemos hablado, Castelar no hubiera podido dar en tierra con la República. Su gran elocuencia, sus arrebatos sublimes, su inimitable oratoria y sus incomparables apóstrofes de otros tiempos, sólo han servido para enervar á los pueblos y arrancar de su poderoso corazón el sentimiento de su propia dignidad. Verdad es que para que tales actos pudieran realizarse, se necesitaba nada ménos que una mayoría tan servil, tan venal y tan corrompida como la de las últimas Constituyentes.

Sobre esa raza de políticos, sobre sus miserables cabezas, debe pesar toda entera la venganza nacional.

Y para que ésta llegue, preciso ha de ser que todos, absolutamente todos cuantos nos hallamos comprometidos en esta colosal y gigantesca empresa, tengamos una gran confianza en los hombres que han echado sobre sus hombros la pesada carga de redimir desde este rincón del mundo á esta infortunada nación.

Por lo demás, ninguna desconfianza deben inspirarnos los que al asociarse á nuestro magnánimo y providencial alzamiento, no sólo han comprometido su brillantísima posición como tales jefes y oficiales del ejército, sino que se han jugado también sus cabezas.

Y si es cierto que algunas expediciones militares no han salido todo lo bien que hubiera sido de desear, culpese, no á falta de celo ó de pericia en su desempeño, sino á un conjunto de circunstancias ó de contrariedades, de las que no es fácil prescindir todas las veces.

Por lo demás, la guerra tiene sus encantos y sus peripecias, sus alegrías y sus contrariedades. El genio caprichoso de la victoria no todas las veces se muestra propicia á los guerreros que la solicitan. El mismo Marte hubiera palidecido ante este sombrío azar, la guerra. Napoleon no pudo, áun á pesar de su Austerlitz, de su Jena y de su Marengo, prescindir de su lúgubre desastre de Waterloo.

La severa frialdad del raciocinio es la única que puede neutralizar en parte tan delicados extremos. Asociemos, pues, á este pensamiento la buena fe del hombre de bien, y habremos resuelto uno de los más graves problemas de actualidad.

Y si no ha sonado aún la hora de nuestra emancipación; si la justicia cual un juez dormido presencia con marcada indiferencia la huella del crimen y la mirada del criminal; si los esfuerzos de un pueblo libre, si los sublimes arrebatos de una legión de héroes no han de conmover en lo más mínimo el corazón de esa parte de la

humanidad que se llama España; si ha llegado en fin la hora de que saboreemos una parte de todas las amarguras del cadalso, ó todas las tristísimas penalidades de una dolorosa expatriacion, al ménos que nuestros últimos actos correspondan á la grandeza sublime del sacrificio asi como de eterna vergüenza y remordimiento, para los que, viles y cobardes, prefirieron la calma del despotismo á las saludables agitaciones de la libertad.—*Estéban Nicolás Eduarte.*

Los fuertes de Santa Florentina y Santa Ana han recibido de sus dignos defensores el bautismo federal bajo la advocacion de los héroes de nuestra independencia, Daoíz y Velarde.

No dudamos que la Junta Soberana aprobará esta nueva denominacion, de la misma manera que lo ha hecho en otros casos análogos.

(Se continuará.)

SECCION LITERARIA.

LOS DOS IMPOSIBLES.

A mi querido amigo de la infancia D. José Gracia Cantalapiedra.

Por la movediza playa
 que humilde besa el mar Muerto,
 un filósofo discurre
 meditabundo y suspenso;
 grande parece el problema
 que revuelve en su cerebro,
 pues de tal modo abstraído
 está con su pensamiento,
 que abandonando el camino
 dirígese mar adentro,
 y gracias que vuelve en sí
 casi sumergido el cuerpo;

un paso más... y parece
 en el salobre elemento.
 Otra vez ganó la playa,
 mas no sin lucha y esfuerzo,
 que de la sandalia al manto
 estaba de agua cubierto.
 Sentóse en la fresca arena
 y del cansancio repuesto,
 recobró el manto romano
 ya oreado por el viento;
 siguió del mar á la orilla
 su interrumpido paseo,
 mas la idea que le absorbe
 vuelve á instigarle de nuevo;
 de pronto, se pára y dice
 contemplando el firmamento:
 « No es posible, nó, que exista
 tan intrincado concepto;
ser uno y trino en personas,
un solo Dios verdadero,
y existir tres entidades
divinas, no lo comprendo;
 porque alguno de los tres
 tiene que ser el primero,
 y entonces, los otros dos
 no son dioses, esto es cierto;
 nada, nada, mi razon
 ha desatado el enredo,
 y con mi luz filosófica
 rasgué del enigma el velo.»
 Así hablaba caminando,
 de vanidad satisfecho,
 cuando de pronto ve á un niño,
 hermoso como un lucero,
 que arrodillado en la arena
 sacando está con empeño
 del mar, en concha de nácar,
 agua que vierte en el suelo.
 — ¿Qué haces, dime, le pregunta
 el filósofo altanero?
 — Estoy agotando el mar,

respondió el niño risueño.
 — Pretendes un imposible,
 jamás lograrás tu intento,
 le replicó el africano.
 — Pues yo, dijo el niño, creo
 es sin embargo más fácil
 esto que yo estoy haciendo,
 que lo que, Agustín, pretendes
 comprender de orgullo ciego:
 deja la razón á un lado,
 pues los divinos misterios,
 nunca la mirada humana
 alcanzará á conocerlos;
 sólo la Fe viva y pura
 puede remontar tu vuelo
 hasta la mansión divina
 donde mora el Sér Eterno;
 ¡hunde en el polvo la frente
 si escalar quieres el cielo! —
 dijo, y se perdió volando
 por los espacios etéreos.
 Agustín cayó de hinojos,
 en llanto de amor deshecho,
 y exclamó con voz del alma:
 ¡perdon, Hacedor Supremo!
 ¡Dios mio, trino en personas!
 ¡creo en vos! ¡mandad! soy vuestro!
 Y desde entónces la Iglesia
 lleva de placer inmenso,
 en la gloria tiene un Santo
 y aquí en el mundo un Maestro.

R. T. MUÑOZ DE LUNA.

5 de Febrero de 1878.



CRÓNICA Y VARIEDADES.

Elogios que hicieron de Pio IX los que fueron sus perseguidores:

Garibaldi. — «¡Viva Pio IX, que tanto ha hecho por la patria y por la Iglesia!» (Montevideo 20 de Octubre de 1847.)

Brofferio. — «¡Viva Pio IX, que atrás sobre sí el amor, la admiracion y las bendiciones de todos los pueblos!» (*Messagiero Torinese*, Noviembre de 1847.)

Massari. — «¡Viva Pio IX, cuya palabra católica y civilizadora embotará las espadas y desmontará los cañones!» (*Mondo Illustrato*, 4 de Setiembre de 1847.)

«En las aficciones del pueblo, consolémonos, porque... vive Pio IX.» (*Gazzeta del Popolo*, 27 de Junio de 1848.)

La Farina. — «¡Viva Pio IX, en quien se encuentran y toman vida los sentimientos de cuantos creen en la fuerza del derecho!»

Ricasoli. — «¡Viva Pio IX, el Beatísimo Padre de las palabras de mansedumbre y perdon!» (10 de Setiembre de 1864.)

John Russell. — «¡Viva Pio IX, el soberano más amable y más ilustre!» (6 de Febrero de 1864.)

Filippo Boni. — «¡Baldon á la torpe canalla que va lanzando obscenos improperios contra Pio IX!» (*Congiura di Roma*, p. 465.)

L. Valerio. — «Pio IX no deja de ser italiano, y fortísimo, italiano como Príncipe.»

Villemain. — «En sus seculares derechos defiende el derecho público de Europa.»

Boggio. — «Es imposible haber visitado á Pio IX y no salir de su presencia inundado de admiracion.»

Thiers. — «¡Pio IX, ese respetabilísimo anciano, que ha derramado sobre el Papado el brillo inestinguible de sus virtudes!»

Guizot. — «¡Con cuánta ingratitud ha tropezado este Pontifice generoso y manso!»

Massari. — «Los italianos tienen en Pio IX fijas sus miradas, como los Magos sobre la estrella que apareció en Oriente.»

Coppino. — «Es cosa que da en qué pensar esa resistencia de un anciano inerme, falto de fuerza material... ¿De dónde saca ese vigor?— Cosa es tambien digna de las atenciones de todo hombre sensato el espectáculo que ofrece ese derrocado soberano italiano, que á todo responde *Non possumus.*» (*Actas de las Cámaras*, Noviembre de 1874.)

Tambien hoy se postra el infierno aterrado y asombrado ante la muerte dichosa, gloriosísimo triunfo, de Pio IX.

Tambien hoy rinden tributo á la grandeza de Pio IX los mismos diarios consagrados á combatir sus enseñanzas y á propagar los errores que Pio IX condenó.

Los mismos verdugos que sin piedad le persiguieron, le despojaron y martirizaron, lloran hoy, asombrados de tanta gloria, la muerte de Pio IX.

(De la revista intitulada: *Santa Teresa de Jesús*, que se publica en Barcelona.

Narracion del corresponsal del «Figaro» en Roma sobre el entierro de Pio IX.—La exposicion del cuerpo del Papa ha cesado ayer miércoles, á las seis de la noche.

Prescindiendo de algunos incidentes sin importancia, no se ha alterado el órden en la gran Basílica, que tal vez nunca ha contenido en su inmenso recinto tanta gente como ahora.

Ayer noche volví á ver el cuerpo del Padre Santo. No está descompuesto, como se habia dicho: más parece un mármol que un cádaver; tiene los ojos suavemente cerrados, y la boca, que conserva su forma primitiva, deja ver la huella de la última sonrisa.

Ayer noche, hácia las ocho, los despojos mortales de Pio IX fueron encerrados en el nicho que ocupaban los restos de Gregorio XVI desde hace treinta y dos años.

La ceremonia del enterramiento ha durado más de dos horas, durante las cuales los cantores de la capilla Sixtina han entonado admirables cantos religiosos y salmos á canto llano sin acompañamiento.

El Capítulo de San Pedro, con vela en la mano, todos los cardenales creados por Pio IX, esto es, todos los miembros del Sacro Colegio, á excepcion de los cardenales Amat, Schwartzemberg, Asquini y Caraffa, asistían á la ceremonia, vestidos con sotana negra.

El cádaver, cubierto siempre con el traje pontificio, fué primeramente levantado del lecho en que reposaba por cuatro guardias nobles, que dieron vuelta á la Basílica, para que el numeroso concurso pudiera contemplar por última vez las facciones de Pio IX.

Despues comenzó el oficio de difuntos en la capilla del Capítulo. Como esta capilla está cerrada por cristales, los cantos sagrados llegaban al resto de la iglesia como un murmullo: terminado el oficio, un obispo pronunció un discurso en latin. Un notario leyó el acta de defuncion, que fué encerrada en una caja de plata y depositada á los piés del cuerpo. Despues se le metió en el ataud por órden del mayordomo, Mons. Ricci: el primer ataud es de preciosa madera. En el momento de ser levantado el cuerpo, la cabeza se inclinó de izquierda á derecha; parecia como que dormía.

Aproximándose Mons. Ricci, cubrió la cara y las manos con una pieza de tela, extendiendo sobre el cuerpo un paño encarnado formado de armiño, y depositando al lado del cuerpo una bolsa que contiene treinta y dos medallas de oro, otras tantas de plata, y otras tantas de cobre. Después hizo tres genuflexiones. En seguida se cerró la tapa por medio de tornillos.

Este primer ataud se colocó en un segundo de plomo que lleva el nombre y las armas del difunto. Este segundo ataud fué soldado inmediatamente. El mayordomo lo selló con su sello, y estos dos ataúdes se encerraron en una tercera caja de madera de castaño. Toda esta parte de la ceremonia se realizó en medio de un silencio imponente.

De nuevo empezaron los cantos, y el ataud de Pio IX salió de la capilla para ser trasportado y encerrado en el local que acupaba Gregorio XVI. El último ataud es inmenso, de forma cuadrada, y ningun paño le cubre.

Causó gran emoción ver izar el ataud y tapiar el sepulcro. En cuanto desapareció el cadáver de la capilla para ser trasportado y encerrado, los asistentes se arrojaron sobre el colchon, deshaciéndole y cogiendo cada cual un pedazo para llevárselo como una preciosa reliquia.

Otro detalle: en cuanto el Papa murió, hubo en sus habitaciones privadas un verdadero pillaje de los pequeños objetos que le pertenecieron. Todo el mundo quería conservar algun recuerdo. El Dr. Ceccarelli, para tener una reliquia, se vió en la precision de apoderarse de una pequeña almohada de seda que encontró bajo la cabeza del Pontífice; y de miedo de que se la quitaran, la tuvo sujeta con el brazo mientras procedia al embalsamamiento.

Hoy han comenzado los servicios públicos en San Pedro.

Noticias sobre el Conclave.—Por la muerte de Su Santidad se han cerrado todas las oficinas y dependencias de la Santa Sede en Roma. Sólo despacha los asuntos urgentes y de conciencia la Sagrada Penitenciaría.

Las asociaciones católicas de Italia y Francia han acordado guardar luto un mes.

El Conclave se celebra en los pisos principal y segundo del Vatidano. El cardenal Sacconi, entre otros, se ha encargado de disponer las habitaciones.

Contra la práctica constante, no se llevará á los cardenales el alimento de sus casas, encargándose de este cuidado la Cámara Apostólica. En cambio, los cardenales tendrán que proveerse de los muebles necesarios, por no estar preparado el Vaticano como lo estaba el Quirinal.

Segun telegramas oficiales, se han suspendido las recepciones á consecuencia del fallecimiento de Su Santidad Pio IX.

El embalsamamiento de los restos de Su Santidad, ejecutado bajo

la dirección del ilustre profesor Alejandro Ceccarelli, se ha hecho con pleno éxito por el sistema mixto.

Su Emma. el cardenal Simeoni cesó desde el momento de la muerte de Su Santidad en las funciones de secretario de Estado, habiendo recaído por derecho el cargo en el Ilmo. Sr. Laseagni, secretario del Sacro Colegio y del Consistorio.



LAS MALAS PALABRAS. (1)

Así como se forman asociaciones para restablecer el vigor de las leyes que ordenan la santificación de los días festivos, y para evitar las blasfemias que todos los días y á todas horas ofenden los oídos de las personas timoratas y de sentimientos religiosos, debieran crearse también para combatir y desarraigar la pésima y vergonzosa costumbre que tienen muchas personas, grandes y pequeñas, de pronunciar frecuentemente las palabras más mal sonantes y soeces que se conocen, tanto en castellano como en el idioma del país, por más que no se encuentren en los diccionarios de ninguna de dichas lenguas.

Vergonzoso es por demás ver por las calles á muchos hombres que, con el motivo más fútil unas veces, y las más por efecto de un hábito inveterado, van pronunciando palabras obscenas, indecentes é impropias de seres racionales; pero todavía sube de punto la gravedad de la costumbre, cuando los que así se producen son niños de pocos años; niños que están á veces próximos á la pubertad, y todavía ignoran las primeras oraciones y rudimentos de la doctrina cristiana, pero que con el cigarro en la boca, la navaja en el bolsillo, algunos vicios en el corazón y no poca corrupción en el alma, campan por su respeto, sin freno alguno, dando al mundo el espectáculo más triste que puede verse, cual es el de manifestar la perversidad, tal vez el cinismo más repugnante, donde debieran estar el candor y la inocencia de la niñez.

Por desgracia no exageramos; léjos de exagerar, no está el cuadro con todo el colorido que la verdad exige, por doloroso que sea decirlo, pero creemos que tiene el suficiente para dejarse comprender.

De cualquier modo que sea, esa malísima costumbre debe desaparecer, porque de la palabra indecente á la blasfemia apenas hay una línea de

(1) Deseamos contribuir á que se lea por muchos y cunda de mano en mano, este oportuno y moralizador artículo, que la Asociación de Católicos de Valencia ha hecho circular por medio de su boletín. El daño de que habla es grave y su remedio urgente.

distancia, y un pueblo en donde se permite un lenguaje soez en público, hasta en los niños, no es celoso de su decoro, y ante los extranjeros que presencian esos espectáculos no queda muy bien parada su dignidad.

Muchas veces lo hemos dicho, y no nos cansaremos de repetirlo: la falta de principios religiosos es causa de estos y de otros muchos males; porque el hombre que no teme á Dios, fuente de todo poder y de toda autoridad, no teme á su padre, ni á su jefe ó superior, ni á nadie; y como desprecia toda autoridad, todo lazo y toda dependencia, nada es respetable para él. Por eso muchos hombres no se cuidan de la educacion de sus hijos, y ni se abstienen ellos mismos de emplear en presencia de sus pequenuelos ese lenguaje que condenamos, ni lo condenan como debieran, cuando lo oyen de labios de los que están á su cuidado y tienen derecho á una buena direccion.

No pára aquí lo inconcebible: por horrible que parezca, diremos que tambien hay seres que se complacen en enseñar á los niños á pronunciar palabras brutales, y aplauden estúpidamente esas palabras en boca de los inocentes que no saben lo que dicen, pero que reciben en sus corazones el grano de simiente que ha de producir más tarde frutos bien amargos y crueles tal vez.

Esto es altamente punible, y tanto los que usan de ese lenguaje soez, como los que le toleran, faltan á muy altos deberes: el hombre tiene obligaciones que cumplir para con el prójimo, y entre ellas está la de darle buen ejemplo, no escandalizarle; y los que hacen uso de palabras indecentes, obscenas ó mal sonantes, faltan á estos deberes sagrados.

Hagamos todos lo que podamos para extinguir ese mal: los padres, dando buen ejemplo á sus hijos, así como los superiores á sus inferiores; los que tienen á su cargo la educacion de la infancia, enseñándola los principios religiosos necesarios para que le sirvan de garantía en el porvenir, y todos procurando desterrar dicho vicio, presentando al que lo tenga, su fealdad, sus funestas consecuencias y lo ajeno que es de una persona digna esa costumbre tan degradante ante la moral, ante la religion y ante los deberes que la sociedad impone á todos sus individuos.

LIBROS RECIBIDOS.

Manual del procedimiento ejecutivo de apremios por contribuciones.—Con este título ha publicado el Sr. D. Rafael Gutierrez Jimenez, hijo distinguido de Ronda, un libro muy útil é importante por la continua aplicacion que tiene en todos los pueblos de España. Servir de gufa clara y segura en los intrincados procedimientos de la Administracion es el objeto del autor, y para lograrle ha unido en su obra los modelos prácticos á la explicacion ordenada de los procedimien-

tos. Joven aventajado, el Sr. Gutierrez ha dado á luz en su ciudad natal un libro importante y muy útil, así por la claridad de su método como por su continua aplicacion á los casos prácticos de la vida. Felicítámosle por ello, y no ménos por el intento que abriga, segun nuestros informes, de seguir dedicándose á los estudios prácticos de la Administracion; lo cual tanto es menester en nuestra patria, en la cual, á decir verdad, hállanse no poco atrasados.

Barros emeritenses, por D. Vicente Barrantes. En una nueva edicion exornada con curiosos grabados, acaba de publicar nuestro amigo y colaborador el Sr. Barrantes su estudio sobre los restos de cerámica romana, que suelen hallarse en las ruinas de Mérida, su ilustre patria. Las investigaciones del Sr. Barrantes abundan en interés para la historia de aquella floreciente region que en la antigüedad romana fué llamada España emeritense. Recomendamos á nuestros lectores este nuevo trabajo del Sr. Barrantes, cuya actividad literaria nos da cada dia una muestra del fecundo ingenio del autor.

La ortografía al alcance de todos, por D. Fernando Gomez de Salazar.—El Sr. Salazar ha publicado un interesante y completo tratado teórico-práctico de ortografía castellana, escrito con método á propósito para que sirva útilmente á toda clase de personas. Le recomendamos á nuestros lectores. En su lugar puede verse el anuncio de esta obra.

Las cuestiones de vida ó muerte, por el Rdo. P. Lefebvre, de la Compañía de Jesús.—El autor de este hermoso libro examina todos los asuntos fundamentales de la vida cristiana, con claridad siu igual, método muy lógico, evangélica unción y vigorosa elocuencia. Los predicadores de Cuaresma y Novenarios hallarán en él tratados con grande acierto los puntos más importantes que en tales casos suelen desarrollarse, y todo cristiano deseoso de dedicar algunos momentos de vez en cuando á sus meditaciones interiores, podrá utilizarlo como excelente libro de lectura espiritual.

ADVERTENCIA sobre **La Hoja Popular**.—Con este número de la REVISTA se publica el 61.º de *La Hoja Popular* (que repartimos grátis), de la cual recibirá dos ejemplares cada uno de nuestros suscritores. Les rogamos que propaguen su lectura por cuantos medios juzguen oportunos entre todas las clases, y en especial las trabajadoras, de la sociedad.

Los propietarios que tengan numerosos dependientes, los dueños y directores de fábricas y talleres, y los de explotaciones mineras ó agrícolas, los profesores de enseñanza, los párrocos, las autoridades locales, los padres de familia, pueden hacer el pedido que gusten de estas *Hojas Populares*, las cuales les serán remitidas, grátis tambien, para que contribuyan á los nobles y benéficos fines de su publicacion.